



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcón, Arca. Sra. *Aspillaneda*. Sres. *Asquerino*, Auñón (Marqués de), *Alvarez* (M. de los Santos), *Arnao*, *Ayala*, *Alonso* (J. B.), *Araquistain*, *Anchorena*, *Alberca*, *Arlandá*, *Ariza*, *Arrieta*, *Balaguer*, *Bavali*, *Barzanallana* (Marqués de), *Bacerra*, *B-nayides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Buena*, *Bremón*, *Bretón de los Herreros* (Manuel), *Blasco Burrell*, *Buitrago*, *Calvo Asensio* (D. Pedro), *Campoamor*, *Camás*, *Canalejas*, *Cañete*, *Cardozo*, *Castelar*, *Castro* y *Blanco*, *Cánovas del Castillo*, *Castro y Serrano*, *Calavia* (D. Mariano), *Calvo y Martín*, *Cazurro*, *Cervino*, *Cheste* (conde de), *Collado*, *Cortina*, *Corradi*, *Colmeiro*, *Correa*, *Cuesta*, *Cueto*, Sra. *Coronado*, Sres. *Calvo Asensio* (D. Gonzalo), *Comanga*, *Cañamaque*, *Calcaño*, *Dacarrete*, *Díaz* (José María) *Díaz Pérez*, *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría*, (J. A.) *Espin* y *Guillou*, *Estrada*, *Echegaray*, *Egailuz*, *Escosura*, *Estrella*, *Eulate*, *Fabiá*, *Ferrer del Río*, *Fernández y González*, *Fernández Guerra*, *Fernández de los Ríos*, *Fermin Toro*, *Flores*, *Figueroa*, *Figueroa* (Augusto Suárez de), *García Gutiérrez*, *G y Angos*, *Galvesto de Molina* (D. Javier), *Graells*, *Jiménez Serrano*, *Giron*, *Gómez Martín*, *Güell* y *Rente*, *Guellbenzu*, *Guerrero*, *Incenza*, *Hartzenbusch*, *Iriarte*, *Janer*, *Jaumeandreu*, *Labra*, *Larra*, *Larrazá*, *Lassala*, *Lezama*, *López Guíjarro*, *Loreazana*, *Llorente*, *Lafuente*, *Macanaz*, *Machado* y *Alvarez*, *Martos*, *Mata* (D. Guillermo), *Mata* (D. Pedro), *Mañe y Flaquer*, *Medina* (D. Tristan), *Merelo*, *Montesinos*, *Mollas* (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Malagarriga*, *Ochoa*, *Olavarría*, *Olavarría* y *Huarte*, *Orgáz*, *Ortiz de Pinedo*, *Olózaga*, *Palacio*, *Passarón y Lastra*, *Pascual* (D. Agustín) *Pérez Galdós*, *Pérez Lirio*, *Pi* y *Margall*, *Poak* (Reluoso), *Retas*, *Revilla*, *Ríos Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, *Rodríguez y Muñoz*, *Rodríguez* (G.), *Rosa* y *González*, *Ros de Olano*, *Rossell*, *Ruiz Aguilera*, *Sagarminaga*, *Sanz Pérez*, *Sanz*, *Salvador de Salvador*, *Salmon*, *Saurama*, *Salgas*, *Sejovía Sarrano*, *Alcázar*, *Sallés*, *Tamayo*, *Trueta*, *Tabino*, *Talero*, *Ulloa*, *Valera*, *Veles de Medrano*, *Vega* (Ventura de la), *Vidart*, *Wilson* (baronesa de), *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francs por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. senetill línea.—Reclams y comunicados precios convencionales.

Madrid 1.º de Abril de 1884

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Móvil, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Soldado, 1, duplicado

SUMARIO

Política interior, por D. Cárlos Malagarriga. — *La toma de Constantinopla*, por D. Emilio Castelar. — *Las Monarquías restauradas*, por D. O. Cuartero. — *El libro y la carta*, por D. Tristan Medina. — *Dos poemas del Ghita*, por D. Juan Fastenrath. — *Pedro Abelardo* (de don Emilio Ferrari), por D. Antonio Aguilar. — *El Juves Santo de 1812 en la ciudad de Caracas*, por D. T. M.—*Violetas*, por D. Javier Montalvo. — *Ferrocarriles portugueses*, por D. L. M.—*Revista de Madrid*, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte. — *Anuncios*.

REVISTA POLITICA

Publicado el decreto de disolución, se fijan las actitudes y se deslindan los campos, aumenta por otra parte la actividad en Gobernación y los engañados no ocultan su desencanto, y los favorecidos hacen público su favor, que es publicar su ignominia. No mengua tampoco, antes crece y se apodera de todos, la pasión política que lleva á extremos lamentables á los mismos que tenían fama de mesurados y discretos.

Esto ha pasado con el director de *El Diario de Barcelona*, que, olvidando las tradiciones de éste y no sus agravios, ha exhumado una circular dada en Setiembre de 1883 por el señor Maisonnave, limitando las facultades que daba á los gobernadores la ley entonces en vigor de Orden público, y fijando taxativamente los casos (todos relacionados con el delito de sedición) en que podían aquellos aplicar las penas de suspensión, multas y supresión de los periódicos. *El Diario de Barcelona*, que fué castigado con arreglo á aquella circular, la publicó ahora con tal arte y callando fechas y otros detalles por los cuales se conociera el engaño, que cayeron en este muchos periódicos. Razonando éstos, en vista de la circular y de las circunstancias actuales, la censuraron duramente, no creyendo que esté la patria en tal peligro que exija medidas extremas.

Cuando al día siguiente se deshizo el engaño, aquellos mismos periódicos, comparando una época con otra, y aquel estado de anarquía y de guerra civil con el de paz y tranquilidad que hoy disfrutamos, exculparon al Sr. Maisonnave al tiempo que censuraban á los que habían tendido un lazo tan traidor á la prensa.

Precisamente acababa de descubrirse, al parecer, una gran conspiración, y periódico ministerial hubo que creyó llegada la hora de suspender las garantías constitucionales, como viniendo á dar la razón á los exhumadores de la circular. Pero la conspiración, cuyo descubrimiento se anunció con tal aparato que recordó el del crimen del Blanco de Benaocaz, llamado de la *Mano Negra*, viéndose en los dos las mismas facultades para la novela que su descubridor posee, quedó reducida á bien poca cosa; después de algunos días de incomunicación (más que los legales) y del cambio de fiscal, los complicados en la causa han podido manifestar á cuantos les han hablado, que ignoran de todo punto qué conspiración es ésta ni qué confabulaciones puede haber habido entre los generales, políticos y sargentos detenidos.

La causa se sustancia militarmente (otro punto negro del asunto), y por tanto, es de esperar que pronto conoceremos su resultado. La opinión se ha adelantado al fallo legal, y pocos son los que hoy se atreven á creer en la existencia de la conspiración. Mucho más se ha preocupado aquella, y con razón, del discurso pronunciado por el Sr. Sagasta al recibir á la Comisión portadora del álbum que en el día de la desgracia han querido llenar con sus firmas los senadores y diputados que reconocen por jefe al presidente del Congreso.

La importancia del discurso nos mueve á insertarlo íntegro: su publicidad en esta Revista dará á su recuerdo mayor duración que la efímera que dá la prensa diaria, hasta el día en

que el historiador de este grave período de nuestra Historia contemporánea, le dé el lugar que se merece, juzgándolo con arreglo á la influencia que ha de tener en el ulterior desarrollo de la vida política.

Dice así:

«Recibo, mis queridos amigos y correligionarios, esta prueba de adhesión y de cariño que los diputados y senadores me tributan, como una de las más grandes de mi vida, superior á cuantas haya podido recibir hombre político alguno.

Decretada la muerte prematura de estas Cortes, y preparadas las elecciones por un Gobierno que no nos trata como adversarios, sino como enemigos, todos habeis visto y todas habeis sentido las violencias y las exageraciones á que se ha entregado sin razón ni justicia.

Las firmas estampadas en ese álbum, demuestran bien á las claras nuestra unión, nuestra sinceridad y nuestra firmeza, y demuestran que las mayorías de las actuales Cortes son las más disciplinadas y unidas que quizá haya habido jamás, puesto que después de más de dos legislaturas ofrecen hoy la misma cohesión, igual unidad que el primer día que se congregaron; prueba segura de que nacieron al calor de su fé en los principios liberales que profesan.

Nosotros hemos visto con tranquilidad, con respeto, que en virtud de un acto de la régia prerogativa, que no tiene límites en la Constitución, por un acto que acatamos y defenderíamos si fuese preciso, haya sido llamada al poder la minoría más exigua de la Cámara.

Pero lo que no puede tolerarse en silencio ni verse con calma, es que el Gobierno, utilizando los resortes que posee el poder, decreta la persecución contra un partido, proponiéndose aniquilarlo, y entable una lucha que más perjudica á los perseguidores que á los perseguidos, y que no nos importaría si sólo en contra de aquéllos redundase.

No se puede tolerar, ni alcanza que nadie lo tolere, que el partido liberal español, que tiene en su bandera principios tan liberales como el partido monárquico de Europa más liberal, sea tratado como éste lo es; y cuando se ha negado á aceptar ciertos procedimientos, que tampoco ningún partido liberal de Europa ha aceptado, lo ha hecho por creer sinceramente que no podían tener aplicación sin quebranto para la monarquía.

Un partido que así procede, es por esto por ministros conservadores, á otras agrupaciones políticas que, movidas por convicciones, sin duda alguna honradas, piensan, sin em-

bargo, que la monarquía es cosa accidental, y transitorias las formas de Gobierno.

Y un Gobierno ¡qué sarcasmo! que se llama conservador, pretende hacer de estas agrupaciones instrumento de nuestra ruina, sin perjuicio de romperlo después de utilizado, buscando por este camino matarnos á nosotros por la violencia y á ellos por la deshonra; deshaciéndose así, si fuera posible, que no lo es, de todo el partido liberal en sus diversos matices.

Lo que el partido liberal, repito, no consiente, ni comprende cómo hay quién pueda consentirlo, es que se le quiera destruir por el delito, durante las tristes luchas últimas, de haber sostenido incólumes las prerogativas de la corona; recibiendo en pago esta serie de atropellos, multas y remociones que en la presente campaña están empobreciendo y aterrando á los pueblos; atropellos que á la vez causan el asombro y el escándalo de Europa.

Ante la guerra encarnizada que se nos hace, ante los procedimientos que por todos los medios que da el poder se emplean contra el partido liberal, la lucha resulta poco menos que imposible y sin que haya medio alguno de defenderse; uno queda, sin embargo: el retraimiento.

Jamás ha estado el retraimiento de un partido más justificado que lo está en las actuales circunstancias para el partido liberal; pero el retraimiento es un camino cuyas consecuencias no pueden fácilmente calcularse, y muchas veces, emprendida una senda, se llega al borde de abismos donde ya no es posible retroceder.

El partido liberal, entre la lucha que acarrea tal número de persecuciones á los pueblos, que produce, por la voluntad del Gobierno, tal número de atropellos, y el retraimiento, de consecuencias incalculables, tiene que optar por el primer extremo, proponiéndose satisfacer el día que le fuere posible las injusticias y atropellos de que el cuerpo electoral está siendo víctima.

Los ministros no faltarán hoy impunemente á sus deberes si los partidos liberales saben cumplir mañana virilmente y con energía los suyos.

Así, pues, los que se sienten en las próximas Cortes, antes deshonradas que nacidas, podrán declinar toda responsabilidad en las consecuencias que pueda producir á la patria la campaña de perturbación y violencia emprendida por el actual Gobierno.

Luchemos, pues, mientras haya un sólo elector en pie, que en todo caso no será imputable á los liberales la responsabilidad de una conducta que no tiene ejemplo en los fastos electorales de ningún pueblo. Gracias, os repito, amigos míos; y pues los tiempos son adversos, al mal tiempo pongamos buena cara, y Dios sobre todo.»

La impresión producida por el anterior discurso ha sido profunda; en los conservadores, el enojo no dió espacio á la reflexión ni á la cordura, atacando sus órganos en la prensa al señor Sagasta con el mayor encono. La izquierda, en cambio, que no sale muy bien librada del discurso, lo ha recibido con agrado, ya que toma cada día mayor fuerza entre sus hombres la idea de que se pretende hacerles servir de instrumento de desunión y de odio entre los liberales, antes que mediadores entre la democracia y el trono.

Los órganos más caracterizados en la prensa han hecho declaraciones favorables á la unión entre los liberales, prematuras y tardías á la par; esto último, porque la reconciliación debía haberse efectuado en el Parlamento antes de la crisis, y prematuras, porque no han apurado todavía los dos partidos la copa de humillaciones y desdenes que les reserva el Sr. Cánovas; hasta entonces no se efectuará la unión en condiciones de fortaleza y duración que permitan el advenimiento definitivo de los liberales, es decir, la restauración de las conquistas revolucionarias.

Sea como quiera, la suerte está ya echada; son ya imposibles los cambios que llamaba un periodista conservador las veleidades de la régia prerogativa, y no se ve claro qué solución pueda tener el conflicto político planteado desde la vuelta de los conservadores. Que éstos no son solución definitiva, lo prueba el malestar general, que se mide exactamente con las continuas alarmas de los que especulan en fondos públicos, expresadas en las bruscas alteraciones en el valor de éstos. Pruébalo además la política de resistencia, única que hasta ahora ha hecho el gabinete, y de que las continuas denuncias de *El Progreso* y el auto de prisión dictado contra nuestro director, son acabada muestra. Pruébalo el mismo tono pesimista de la prensa, perfectamente reproducido por el Sr. Sagasta. Todo esto señala, hasta á los menos avisados, la gravedad de las circunstancias y la dificultad del remedio.

Este no pueden serlo unas Cortes antes deshonradas que nacidas.

¡Menguada suerte es la de un país que no halla remedio á sus males en la Representación Nacional, que todos convienen en calificar de comedia ridícula y quizás peligrosa!

..

Si no ha acaecido en la última quincena suceso alguno trascendental que haya afectado las relaciones internacionales de los distintos pueblos del globo, en cambio, dentro de cada nación ha habido hechos de importancia, que conviene registrar aunque sea á la ligera.

Empezando por el Extremo Oriente, la toma de Bac-Ninh por el ejército expedicionario francés, es uno de los más importantes; un afortunado movimiento envolvente de la vanguardia mandada por el general Negrier, cortó la línea de retirada de los defensores de aquella ciudadela, abriendo las puertas de ésta al general en jefe Millot y al grueso del ejército, que franqueó sin dificultad las trincheras amontonadas por los chinos en el camino de Hanoi á Bac-Ninh, y abandonadas precipitadamente por éstos. Mientras procuran los franceses extender sus líneas estratégicas hácia la frontera china, los mandarines discuten en Pekin la conducta que en las actuales circunstancias debe seguirse; los annamitas presencian la ejecución en Hué de un príncipe de la familia real complicado en los últimos asesinatos de cristianos, y en París se estudian las condiciones que deben imponerse á China, opinando los más que cabe exigirle una fuerte indemnización de guerra, reteniendo hasta su completo pago una isla rica y extensa, como la de Hainan, ó un puerto importante y productivo, como el de Amoy.

También las armas inglesas han obtenido victorias en el litoral soldanés, casi á las puertas de Suakin; pero el tres veces vencido Osman Digma, sigue al frente de tropas aguerridas, antes vigilando los movimientos del general Graham que huyendo de éste. Gordon-Bajá, por otra parte, sitiado en Jarthum, y sin más comunicaciones con Berber y con la costa que la telegráfica, ve desbaratados todos sus planes de pacificación del Soldan, recibe del falso profeta, que no los quiere, el nombramiento y las insignias de gobernador de Kordofan que le enviara, y telegrafía á El Cairo y á Londres que su misión puede darse por fracasada, y que no es posible salvar á los quince ó veinte mil hombres que forman las guarniciones egipcias de la frontera S. del Soldan, y de cuya suerte no se sabrá nada, por lo ménos hasta dentro de un año.

¿Habrá influido todas estas noticias en el estado de salud de Mr. Gladstone? Lo ignoramos; pero la insignificante afonía de los primeros días se prolonga; el marqués de Hartington es en realidad el jefe del gabinete, y hablan ya algunos diarios de la pairía y la corona condal que en nombre de la reina se ha ofrecido al jefe de los liberales ingleses para cuando baje del poder. La muerte del desgraciado cuanto querido duque de Albany, que tanto ha comovido á la Gran Bretaña, ha afligido también extremadamente á Mr. Gladstone, que quería como á un hijo al pobre príncipe Leopoldo, el menor de los hijos de la reina, y el heredero de muchas de las cualidades del príncipe Alberto.

La política inglesa está atravesando una crisis peligrosa desde la apertura del Parlamento que coincidió con los triunfos del Mahdí, primer quebranto de los muchos que en su política interior y exterior ha sufrido el gabinete inglés. Afortunadamente, para aquel país, un nuevo Parlamento puede decidir la cuestión, ya dando dentro del gabinete más fuerza á los elementos radicales de Mr. Chamberlain, ya llamando al poder á los conservadores, cuya política exterior ha revestido, por lo ménos, caracteres de firmeza que en el actual gobierno echan de ménos muchos ingleses.

El espectáculo, en cambio, que ha dado la Cámara francesa con motivo de la interpelación de M. Lanessan sobre Madagascar, ha sido en realidad satisfactorio para cuantos deseen ver á Francia próspera é influyente: radicales y opor-

tunistas, legitimistas y extrema izquierda, han coincidido en apoyar al gobierno en la lucha entablada con tanta gloria como pobreza de resultados contra los hovos.

Idéntico buen sentido ha mostrado la misma Cámara al rechazar, por gran mayoría, la proposición de reforma constitucional que, con carácter de urgencia, presentó M. Barodet, jefe de la liga revisionista. El gobierno, declaró M. Julio Ferry, presentará dentro de poco al Parlamento la cuestión en toda su integridad, procurando buscar el apoyo del Senado, cuya organización precisamente es la que será objeto de modificación más radical.

Estas dos cuestiones, resueltas con tanta facilidad en favor del gobierno, no dan á éste, sin embargo, la fuerza que necesitaría para resolver los problemas pendientes, alguno de ellos de tanta importancia como el de la huelga de Auzin, que alcanza á muchos millares de hombres, manteniendo en el país cierta intranquilidad que no dice mucho realmente á favor de la actual situación.

El problema social no es exclusivamente francés, es también alemán, y debe de tener allí gran importancia cuando, viendo Bismarck cercana la fecha en que caduca la ley contra los socialistas, pide al Reichstag su prorogación, y, dejando á un lado por un momento esa comedia de las dolencias y enfermedades que le tiene retraído todo el año, sube á la tribuna del Parlamento, y en un discurso de dos horas, le pide su aprobación para aquella ley.

El Reichstag, sin embargo, no se deja conmover: sus dos principales fracciones, el centro dirigido por H. Windthorst, y la nueva fusión liberal por H. Richer, se sostienen con firmeza, y pasa á una comisión especial el proyecto de ley. En vano el mismo Emperador echa en la balanza el peso de su influencia, diciendo que la ley mira ante todo á su seguridad personal; los diputados no ceden, y mientras los jefes de la fusión, aprovechando las vacaciones de Pascua, emprenden por Alemania un viaje de propaganda política anti-bismarckiana, el órgano del centro, la católica *Germania*, principia una serie de artículos contra la ley de los socialistas. ¿Empezará para Bismarck el período de decadencia?

CÁRLOS MALAGARRIGA

Redactor de *El Progreso*

LA TOMA DE CONSTANTINOPLA

(LEYENDAS ÁRABES)

Tendido en cojines de damasco y envuelto en brocados riquísimos; el turbante propio de su alta dignidad á la cabeza, y el tahalí de pedrería á la cintura; junto á la misteriosa ventana, á través de cuyas rejillas murmuraban los rumores de las bullidoras fuentes y los gorgoros de las armoniosas pajareras; con pebetes de ámbar á los pies y pomos de esencias en las manos; escuchaba el poderoso Sultán de Africa las narraciones de su favorito Fernan, el cual á un tiempo mismo le servía para ejercitarse en la lengua castellana, muy apreciada en todas las cortes árabes, y para conocer nuestras hazañas, referidas con aquella antigua libertad que siempre concedieron todos los déspotas á todos sus confidentes. La libertad humana sube hasta la cima de esas grandes eminencias levantadas para suprimirla. Un hombre acostumbrado á mantener su imperio y su soberbia sobre las espaldas de esclavos innumerables, deja penetrar en el seno de los palacios las mismas palabras que persigue con sus esbirros, y la misma idea que devora con sus hogueras. Lo que mata al conspirador, aviva al cortesano. Lo que no puede oírse en las espesas sombras de las conjuraciones, se oye en las áureas salas de los alcázares. La verdad suele burlarse de sus perseguidores, y por este ú otro medio, les táladra los cerrados oídos y se entra en las negras conciencias. Así Fernan se consagraba á la apología de los cristianos en los alcázares de los

creyentes árabes consagrados al culto de Alhá y á la lectura del Koran.

Efectivamente, el Sultan, en aquella posición, murmuraba párrafos del libro de su raza y apotegmas de su religión. El gran día — exclamaba — es el día del Juicio Universal. La gran revelación es la revelación del Koran, que ha descendido de un cielo invisible á la manera que el día desciende del cielo visible: Dios es único é increado; y como único, no puede tener hijos, que serían, ó creados cual las más humildes y bajas criaturas, ó idénticas á él; por cuya razón, ó no existirían, ó serían Dios mismo en esencia. Él os ha creado de una vez y en una sola pareja, que son nuestros primeros padres. No tenéis que ir á su presencia con otra carga que vuestras obras. Si le amais, os favorecerá. Si no le amais, le tendréis sin cuidado, porque para nada os necesita. No hay otro Dios sino Él; no hay otro poder sino el suyo. Vosotros, miserables mortales, disputareis unos con otros en el día del Juicio sobre vuestra vida pasada, y ya no será hora de enmendarla. El que más haya combatido en la tierra, mayores premios encontrará en el Paraíso.

Palabras baladíes — dijo Fernán — muy baladíes en comparación de aquellas que dicen: Amaos los unos á los otros, como nuestro Padre celestial os ama á todos. Amad á vuestros enemigos. Bendecid á los que os maldicen. Rogad por los que os persiguen y calumnian. No busquéis sino el reino de Dios y su justicia, pues lo demás se os dará por añadidura. Las aves del cielo, ni siembran ni cosechan, y Dios las alimenta. Los lirios del valle, ni hilan ni tejen, y Dios les ha ceñido un manto más hermoso que el de Salomón en su trono. ¡Ah! Sed perfectos como nuestro Padre, que está en los cielos, es perfecto.

La grandeza de los dioses de cada gente, replicó el Sultan, poco sensible á la virtud de estas palabras sublimes, en cuyos acentos la caridad evangélica del Cristo contrastaba con los odios guerreros del Koran; la grandeza de los dioses de cada gente se descubre en la gloria y en el poderío que procura el talismán de su nombre á los guerreros y á los conquistadores. Nosotros acabamos de cojer la perla más preciada que guardan los joyeros del mundo, la sultana de las sultanas, vuestra Constantinopla, metida ya por fuerza en los mahometanos serralllos. La estación de las nieves había pasado, y la dulce primavera embellecido con sus dones el campo. Mecíase la rosa sobre el tallo, y comenzaba á plañir sus amores el ruiseñor en los bosques. La tierra se cubría de una verde mullida alfombra para que pisaran blandamente sobre ella los soldados de la fé. Como los aires se poblaban de viajeras golondrinas, las tierras se poblaban de blancas tiendas. El Sultan oró á Dios y consultó á sus generales; en una mano cogió la cimitarra de Osmán y en la otra mano el libro de Mahoma; con una mirada penetró en los cielos abiertos á la oración y con un gesto hizo rodar los cañones, aquellos cañones tan poderosos, que cada uno podía derribar con sus sacudidas una fortaleza. El monarca de la tierra revistió las filas de sus soldados; aconsejó la prudencia de Azaf á sus visires; contempló el brillo de las manzanas doradas puestas sobre las enseñas santas; azuzó así los leones que se alimentan de carne fresca como los tigres que jamás se sacian de sangre humeante; recitó las suras del libro sacro, relativas á la guerra con los infieles y recordó las tradiciones que prometían la media luna á la sin par Constantinopla. Los rostros de los predestinados al martirio relucían como las estrellas en las tinieblas; las oraciones de los ulemas, postrados en el duro suelo, llegaban á las alturas como enjambres de zumbadoras abejas; las legiones de seres invisibles precedían á los ejércitos, vibrando espadas que derramaban el frío de la muerte en nuestros enemigos, al mismo tiempo que la llama de la esperanza y la vida en nosotros; y los místicos y los contemplativos caminaban á la retaguardia para que sus palabras santas no dejaran penetrar ningún espíritu maligno en la santa armada ciudad móvil del Dios de las batallas. Ejércitos así, tuvieron de los torrentes el ímpetu, y de los mares la ex-

tension. El pobre emperador de los griegos vió bien pronto que no podía luchar con los vencedores de la tierra, como no puede luchar la alondra con el milano, y demandó misericordia y ofreció tributo. Pero el rey de los creyentes respondió con tres palabras: «Islamismo ó guerra.» Anunciado de antemano por la aurora, extendió el sol sus alas de oro en las terrazas celestes del Oriente; los árabes y los genizaros se irguieron en sus puestos y apuntaron á los enemigos pechos la boca de los cañones; las llamas competidoras del relámpago y del rayo, y los estampidos competidores del trueno y del terremoto, salieron de aquellos encendidos volcanes; el humo llevó la noche al día, y veló así los espacios del cielo como los resplandores de la luz; claváronse las flechas en el corazón de los infieles, desposeídos de ángeles de la guarda; las piedras de las catapultas derribaron en los infiernos á los temerarios que oponían alguna resistencia; las balas de los mosquetes y arcabuces acribillaron los muros, por cuyos agujeros se veían las cabezas de los infieles, semejantes á las cabezas de las tortugas saliendo de sus caparazones; y á pesar de que los barcos francos, cuyos mástiles tocaban el zenith, socorrian á los griegos en armas y hacían innumerables mártires en nuestras valerosas tropas, los fosos se colmaban de cadáveres, y las viviendas se calcinaban al fuego y se convertían en nubes y mares de cenizas. Las palabras del Koran se cumplieron, las palabras que dicen á los infieles: «Donde quiera que esteis os alcanzará la muerte.» Y á los heridos por las catapultas en lucha abierta contra los soldados de la fé: «Los golpearás con piedras que encierran la sentencia de aquellos á quienes alcanza.» Y los nuestros, firmes en su sitio, continuaron expidiendo de sus lábios el soplo de la muerte, y arrojando en la tierra los cuerpos malditos de los cristianos. Pero la victoria se esquivaba á tantos llamamientos; porque una cadena tendida entre Gálata y Bizancio impedía el paso de nuestras naves al Bósforo, y el embite mayor de nuestro ejército á la plaza. Y los fieles sacaron sobre sus hombros las embarcaciones, y las hicieron, deslizándolas sobre una superficie untada de sebo, flotar en el agua donde estaba guardado nuestro verdadero triunfo. Y se cumplió aquella profecía que anunciaba la toma de Constantinopla para el momento supremo en que las naves del mar bogaran por el polvo de la tierra. Y en la puerta de Andrinópolis comenzó al venir la noche el asalto, verdaderamente horrible y temeroso, porque cada soldado nuestro llevaba en la punta de su pica un farol ó una bujía, que les daba, á los ojos de los cristianos, aires de génius exterminadores con espadas de fuego, y, á los ojos de los fieles, aires de ángeles dichosos esparcidos por un campo lleno de flores transparentes. Los musulmanes combatieron y oraron. Altas las murallas, pero más altas aún nuestras resoluciones; fuertes las cuerdas y escalas por donde subían, pero más fuertes los propósitos que los impulsaban. Agarráronse los nuestros como arañas á las piedras, y mandaron las almas de los nazarenos muertos, como bandadas de buhos, á las nieblas precursoras del infierno, entre las polvaredas y humaredas de los combates, las cuales se elevaron hasta el firmamento, y como un velo fúnebre cubrieron su celeste bóveda. Por fin, viéronse los sitiadores dentro, y cerraron furiosos con los sitiados. Las cimitarras lucían siniestramente como largos cometas; las espadas segaban sin descanso y tendían cabezas sobre el ensangrentado suelo; las flechas cubrían los aires y se clavaban como víboras aladas en los cuerpos; los mosquetes granizaban rojo granizo de fuego; los cañones despedían tales ráfagas de plomo derretido, que se estreñecía la tierra como las entrañas de una parturienta; el incendio avanzaba por todas partes, y destruía con sus llamas á los que perdonaban las armas, en tal manera, que diríase desquiciada la tierra y caída como ruinoso techo sobre nosotros la máquina celeste. El Emperador cristiano estaba en su palacio maldito. Y al saber que el creyente ha llegado, sale, caballero en airoso corcel; y un musulmán le derriba de su áurea silla y le mata, metiéndole en las entrañas los

filos de su cimitarra. En seguida ábrense las puertas y penetran los fieles; y por espacio de tres días con tres noches, saquean las viviendas y ven en sus brazos las hermosuras griegas, cuya sonrisa aventaja en lo dulce y en lo aromática á la misma miel. Así, al día tercero, dijo su voluntad, tan necesaria como el destino, y la promulgó como promulga la luz el sol. Con tal motivo las espadas volvieron á sus vainas y los arcos al ángulo de su reposo. El humo de los combates se desvaneció en los cielos, el polvo cayó sobre la tierra; y al ruido maléfico de las campanas siguió el cántico de los muecines, cuyas voces armoniosas entonan desde los altos minaretes, cinco veces al día, las oraciones laudatorias á la unidad de Dios. Limpiáronse las Iglesias de los ídolos que las profanaban; perdieron al fuego de nuestras oraciones las manchas de la idolatría; en el seno de los templos se levantó la cátedra donde debía leerse el libro santo y el mishale en que debían guardarse sus inmortales paginas. ¿Quién no ha visto Constantinopla? Los aires que respira tienen todos los colores y todos los matices del iris; las tierras donde se levanta, todos los destellos del éther. Sus Iglesias se han convertido en mezquitas; sus monasterios en colegios de los softas; y su Basílica con bóvedas de estrellas, que descansa sobre columnas celestes y blancas, rojas y verdes, amarillas y negras, algunas parecidas á la piel del tigre, todas cruzadas de mil varios adornos, su Basílica es hoy el verdadero templo de la sabiduría. Altares tenía allí Arrael, ó sea el Ángel de la muerte; altares Juan, ó sea el profeta del amor. Mas ningún lugar sagrado comparable con Santa Sofía. Obra fué de cristianos, pero destinada desde la eternidad á los musulmanes. Para construirlo vinieron arquitectos de la Arabia; astrólogos, de la India; tallistas, de la Pérsia; y un viejo vestido de verde, cuyo rostro brillaba con luz misteriosa é increada, entregó á los nazarenos su plano. Cinco mil albañiles, asistidos por diez mil peones y mandados por cien arquitectos, trabajaron asiduamente en esta obra soberbia. Pero un día faltó dinero, y el emperador Justiniano se lo contó á Dio. El Eterno, que reservaba, como he dicho, aquella magnífica fábrica para los creyentes, le señaló el sitio misterioso donde se encontraban encerrados siete vasos gigantescos, todos repletos de monedas. En trono de plata se levantó la efigie de Cristo, tallada en oro; á sus dos lados doce estatuas gigantescas, de plata también, representaban á los doce apóstoles; al pie de las doce estatuas, en misales, doce evangelios, magníficamente encuadernados; seis mil lámparas cuajadas de pedrería bajaban de las altas bóvedas, y cinco mil sacerdotes y monjes se arrodillaban sobre su pavimento, sosteniendo cinco mil cirios, que brillaban como las estrellas y olian como el incienso. Hé ahí la ciudad que acabamos de tomar á los infieles, y sobre la cual se extenderá siempre nuestro dominio y brillará cada día con luz más nueva la resplandeciente media luna. ¿Qué Dios favorece más á los suyos, el nuestro que nos ha concedido, ó el vuestro que os ha quitado la sin par Constantinopla? — Yo he visto con dolor esa ciudad en poder de los infieles, sultán. Las piedras, al caer de los muros levantados en su defensa, han caído sobre mi corazón y le han hecho brotar sangre. Todos los cristianos llevamos el luto de Constantinopla muerta, y todos asistimos al duelo de Santa Sofía profanada. Yo he visto también esa ciudad que tú describes, como pudieran describir el milano ó el tigre sus inocentes presas mientras las tienen palpitantes entre las garras; y yo la admiro por su hermosura y la venero por su historia. Parece verme todavía alzándose en los celajes del horizonte. La nave en que iba á visitar al califa, y donde yo te acompañaba, se detenía al acercarse como si los mismos cuerpos inanimados pudieran conmoverse ante el maravilloso espectáculo. Jamás lo olvidaré. Allí, los continentes se juntan y se besan como para formar un territorio único en el mundo; los mares se detienen y se angostan como para contemplar y retratar mejor las dos riberas. Sobre las armoniosas playas de corte griego y los cabos parecidos á templos, se extiende un cielo

de Oriente enaltecido con resplandores indecibles. A un extremo el mar de Mármara con reflejos de Atenas, y á otro extremo el mar Negro con misterios de Asia: entre los dos mares, el Bósforo, aquella especie de río salado, donde se confunden las riberas asiáticas con las riberas europeas, y donde parecen confundirse también las dos mitades de la Tierra, las dos mitades de la Historia, las dos mitades del espíritu en mística unidad. Cuántas veces he contemplado el cuerno de oro, las aguas profundas y transparentes al mismo tiempo; las costas de preciosos dibujos; los barcos extendiendo sus velas, y los esquifes áureos resaltando entre las ondas verdes; los jardines, cuyas flores se enredan con los mástiles; los alcázares repetidos fantásticamente; las cúpulas doradas sobre las celosías misteriosas; los kioscos, ceñidos de rosas los pies y sombreadas de cipreses las cimas; las tres ciudades que componen, como las cadenas de oro cuyos eslabones enlazan, los continentes; las colinas, cubiertas de bosques tan umbríos y de minaretes blancos en primer término, mientras en los segundos y terceros, las grajerías de cordilleras pintorescas, sobre las cuales se alzan en el éter, como un astro plateado, las nieves del Olimpo de Bithimia: magnífico cuadro, digno de esmaltar las puertas que conducen á la divina Asia, á esa espléndida cuna de las religiones y de los dioses. Así, mientras los hijos del desierto, los soldados que llevan por insignia la media luna de Ostman, paseaban como las fieras sobre las ruinas, por las calles profanadas de Constantinopla, traía yo á mis mientes los tiempos en que nuestros padres los griegos, iban por aquellas sus costas en las naves recién talladas de los árboles seculares, inquiriendo el vellocino de oro y encontrando el oro de la industria y del comercio: las plazas en cuyos ámbitos las velas de Fenicia, de Persia, de remotas islas, así en dirección del Oriente como en dirección del Ocaso, juntaban las cosechas de todos los climas y el tesoro de todos los trabajos; el día en que los dioses de Roma fueron vencidos, aquellos dioses vencedores de tantos pueblos, sólo por haber elevado Constantino, como un templo de la fe verdadera, la capitalidad de Constantinopla; las basílicas, testigos de los concilios ecuménicos, asambleas de los doctores cristianos victoriosos, los cuales, con la serpiente del paganismo herida á los pies, y los últimos reflejos del martirio resplandeciendo en las sienes, definían los nuevos dogmas, y daban así al espíritu el alimento de la verdad eterna; la entrada de los azuzados reflejando en sus armaduras el sol y la actitud de los Emperadores griegos bendiciéndolos desde la cima de dominios, entre los cuales se contaban los sepulcros de la antigüedad helénica, que parecían vacíos, y estaban llenos de inspiraciones y de ideas; las mil fases de aquella vida que animaba la fe en las almas de cien generaciones de poetas, y enardecía la sangre en las venas de otras cien generaciones de héroes. Imagina, Sultán, cómo verían mis ojos tan cara prenda en poder de tan implacables enemigos. Las basílicas, hendidas con los cánticos religiosos, elevadas como ciudades místicas por las manos de los ángeles católicos, perfumadas de incienso, vieron pendientes de sus muros los alfanjes del exterminio, en vez de las reliquias conmemorativas de la caridad y del amor. Las suras de los falsos profetas sucedieron á los salmos de los profetas santos. Las ondas del Eufrates, más amargas que la hiel, rodaron sobre las piedras de la nueva Jerusalén, más santas que los cielos. El muecín profanó con sus gritos las torres de donde subían al Empireo, acompañadas por el eco de las campanas, nuestras oraciones, que en su vuelo nos trasportaban á la contemplación extática de la madre del Verbo, ceñida de místicas estrellas. Los lugares santos, que fueran monasterios, trocaron en serrallos. ¡Ah! Yo ví las sacras efigies caídas como soldados después de una batalla; los monjes errantes y encorvándose bajo la pesadumbre de las reliquias salvadas al naufragio; los sábios recogiendo los últimos destellos del alma de Grecia para llevarlos como un arbol de las ideas en su ocaso, al lejano occidente; los santuarios der-

ruidos, los altares rotos, las aras dispersas, las fieras del desierto en los templos, y los señores de la tierra perseguidos y acosados en el desierto. Pero no os envanezcáis con vuestra victoria. Si habeis conquistado el espacio donde se alza la santa ciudad de Constantinopla, no habeis conquistado el cielo, donde resplandece el solío de la eterna justicia. Y una noche, al acostarme, después de haber sentido el taladro de tantas espinas en mis sienes y el remolino de tantas pasiones en mi corazón, rogué á la Virgen Madre que nos amparara á nosotros los cristianos, y no os permitiera á vosotros los infieles. esa conquista de tantas y tan preclaras ciudades. Dormí con el aroma de esta plegaria en los labios y el rumor en la mente. Y aún no me había dormido, cuando una luz celeste inundó mi alma, y una mujer sobrenatural surgió de esta luz mística, y me dijo: «No te apenes, cristiano, que si ha caído en poder de los musulmanes la ciudad más hermosa de Oriente, caerá en poder de cristianos la ciudad más hermosa de Occidente. El alma que ha de conquistarla baja ya desde los cielos á la tierra. Y en el día de tal conquista, las regiones cristianas se dilatarán hasta lo infinito, y las regiones musulmanas irán restringiéndose poco á poco, á manera de una piel que se arruga y encoje, hasta volver á quedar confinadas en sus antiguos desiertos.

—¿La ciudad más hermosa de Occidente? Preguntó el Sultán, que había oído hasta entonces impasible y frío las blasfemias proferidas contra el islam y los musulmanes, por su poeta favorito, semejantes á las blasfemias proferidas por él contra la cruz y los cristianos. —Sí; la ciudad más hermosa del Occidente. —Añadió Fernán recalando sus afirmaciones con acento imperioso. —Entonces no puede ser otra más que Granada. —Justamente, Granada. —Alhá nos preserve de daño semejante, porque, si sucediera, la derrota se extendería sobre nuestros ejércitos, la ruina sobre nuestros imperios, el desierto sobre nuestras ciudades. —Pues yo te fio que está escrito por Dios; y lo escrito por Dios en el cielo con letras de estrellas, se cumple indefectiblemente en la tierra con hechos inevitables. —Puerta del Paraíso ¿vás á cerrarte? Vivero de los mártires ¿vás á extinguirte? Tierra de España, tú estás fundada sobre los huesos de nuestros progenitores y los astros innumerables de tus cielos, son ígneas centellas despedidas por los alfanjes y las cimitarras de nuestros capitanes. La sangre mahometana ha regado desde las montañas de los francos hasta las playas de los andaluces; huélela y sentirás que la han vertido los santos, puesto que huele á almizcle. ¡Ah! No temo á tus profecías. Los ángeles del séptimo cielo, caballeros en corceles blancos, vendrán con sus estandartes verdes en una mano y sus alfanjes áureos en la otra, á sostenernos y confortarnos, como en las batallas de Alarcos, de Zalaca y de Uclés, por las cuales recobramos nuestra España, tan amenazada entonces de los cristianos como hoy nuestra última fortaleza, nuestra querida Granada. El ruido de los atambores hará retremblar la tierra, y el grito de los clarines saltar las colinas, pues si salvamos á Granada, teniendo el Oriente y el Occidente, esperamos ver los altares de Roma convertidos en pesebres de nuestros corceles y en abrevadero de nuestros ganados ¡Oh Granada! Que Alhá te guarde para los que te hemos hermoñado y engrandecido, para nosotros los musulmanes. —¿No la conoces? ¿No la has visto jamás? El eden que vuestro profeta os ha pintado, carece de la frescura de sus valles, de las formas de sus montes, de la belleza de sus vírgenes. Inútilmente querrá saber lo que es música suave quien no haya escuchado las cadencias del Genil por la vega entre los cañaverales; lo que es luz pura, quien no haya visto el día reluciendo en Sierra-Nevada; lo que es oro nativo, quien no haya recogido las arenas del Darro. En el círculo de sus montañas, descúbrense las colinas de Loja, por cuyas faldas yacen tantos y tan deleitosos jardines; los truncados conos de Sierra-Elvira, con reflejos metálicos en sus aristas, y extinguidos volcanes en sus alturas; las líneas de las Alpujarras, parecidas á esas

nubes inflamadas por los arreboles del ocaso; las cimas cubiertas de nieves eternas, cimas, ya esféricas, ó ya agudas, como rotondas de cristal, y como pirámides de plata. Cuántas veces por sus colinas, al rumor de las fuentes que se desatan en arroyos, y á la sombra de los álamos que se elevan al cielo, desde el pintado ajimez de un mirador moruno, he visto aquí las cien rojas torres de la Alhambra surgiendo del follaje, y dibujando sus barbancas en los horizontes; allá, las interminables galerías del Generalife con sus azulejos parecidos á piedras preciosas, y sus tejas relucientes como el oro puro destacándose entre los sicomoros y las palmeras, y teniendo los mirtos y laureles por alfombra, y los olorosos jazmines y los trepadores rosales por corona; acullá los barrios del Albaycín, con sus patios misteriosos de color purpúreo engarzados en una orla de oscuros álamos y claros nopales, entre cuyas pencas espinosas levantan sus ramas y sus flores las poéticas adelfas; en primer término el cauce del Darro formado por dos riberas de sendas colinas, y en una de éstas los naranjales y los granados, y en la otra, frente á frente, los pinos de ancha copa y los verdinegros cipreses; al Norte los picachos volcánicos, elevándose entre un paraíso de florestas, al Oriente los picachos nevados, surgiendo sobre una gradería de montañas, ya celestes como turquesas, ó ya violáceas y casi moradas como amatistas; cerca de mí los Cármenes, ornados con asiáticos kioscos, lejos los brazos de la vega llena de quintas y alquerías; por todas partes los matices y los reflejos, y los iris de horizontes cuya luz da prodigamente á todas las cosas entonaciones tales, que creéis hallaros en los senos de un mundo ideado por la imaginación y teñido de fantásticos colores. —Alhá me conserve la vida — exclamó el Sultán — hasta que pueda ver ese eden.

EMILIO CASTELAR.

LAS MONARQUIAS RESTAURADAS

«El Rey se ha equivocado: á ser discreto, habría comprendido que su restauración era debida principalmente á la confusión que nos rodeaba y nos hacía suspirar por el reposo; habría comprendido que la locura y la perfidia podían volver á la causa de la libertad muchos corazones que la violencia de los partidos apartó de ella; y si algo entiendo de la historia y del corazón humano, tardará poco en saber que, ni han muerto en el cadalso con Vane todos los campeones del pueblo, ni los ha seducido á todos con Fairfax». — Milton (*Diálogo entre Milton y Cowley*). — Macaulay).

Destino horrible el de los pueblos que necesitan la revolución para cambiar sus instituciones políticas, emanciparse del yugo de sus tiranos y castigar las demasías de sus gobiernos; triste porvenir el de las naciones que para acomodarse á un estado legal, han de optar por los medios de la violencia, en la imposibilidad de usar los del derecho; pero más aciago destino, porvenir más cruel el de los pueblos y naciones que, á seguida de un período revolucionario con sus desquiciamientos naturales y naturales desventuras, buscan la salvación restaurando las instituciones derrocadas, si la persona ó familia en quien se simbolizan, no han aprendido en la desgracia á huir de los consejos y de las pasiones que precipitaron su caída y les condenaron á las amarguras de la proscripción.

Verdad que, los pueblos, aún en medio de sus mayores desventuras, jamás vuelven el afecto á los poderes ni á las instituciones que proscribieron en un momento de justa indignación; verdad que los príncipes lanzados al destierro vuelven, si, vuelven, aprovechándose de la confusión y espanto que las revoluciones mal dirigidas han de producir en todas las épocas; pero eso no debiera ser obstáculo, mucho ménos en nuestros días, para que los pueblos y los reyes, al encontrarse otra vez frente á frente, ya pasados los delirios revolucionarios, dieran muestras de haber aprovechado las experiencias dolorosas de una realidad que á unos y otros se impone, buscando el consorcio de sus intereses en el respeto mútuo de sus derechos y prerogativas. Pero es lo cierto, que estas consideracio-

nes, comunes á todo espíritu imparcial y sereno, rara vez se atienden por los pueblos, y aún más difícilmente se piensan siquiera por los reyes, que deben su corona á la restauración. Por ello, sin duda, un escritor inglés (1) refiriéndose á las monarquías restauradas y ocupándose del fin de la de Francia, dice que éste es el más difícil de los gobiernos entre todos cuantos la historia muestra como enseñanza al hombre, en cuanto en él son inevitables las fatigas hasta para el mejor intencionado; porque las cosas abolidas en la revolución y personificadas en la dinastía proscripta, pugnan naturalmente por volver con ésta, con daño y perjuicio de las nuevas.

Hoy, á nuestro juicio, que juzga este punto con verdadera imparcialidad y rectitud escrupulosa, el destino de las monarquías restauradas es más difícil y peligroso que en épocas y siglos anteriores; luchan los reyes con obstáculos más insuperables, y han de ser muy sábios, muy discretos, muy leales y generosos, si han de conservar su corona y salvar los intereses dinásticos.

Verdad que, como decía el célebre discípulo de Confucio, Mencio, «el que se conquista los corazones de su pueblo, se asegura en el trono»; pero esto, que es difícil, no bastará hoy seguramente, si el rey no es además leal al espíritu de su tiempo. Y alguien, que es el interés ó la soberbia, que es el fanatismo ó la maldad, no cesa de murmurar en los oídos de los reyes, que el espíritu de este siglo es el de la democracia, y como tal, demolidor y revolucionario y enemigo de las testas coronadas; lo cual, si agrava la situación de todo monarca ante su pueblo, agrava más la de las monarquías restauradas que, olvidando á veces cómo cayeron un día, se precipitan de nuevo en caminos de perdición, sin que basten á detenerlas amargas lecciones de dolorosa experiencia.

Pero esta es la cuestión; este es el problema.

Puede un pueblo olvidar los perjuicios y desventuras sufridos bajo una dinastía; puede olvidar los desdenes y ofensas recibidos de un monarca: la deslealtad é ingratitud de sus mayores; la sangre derramada en apoyo de reyes que hubieron de arrojar más tarde por la tiranía que ejercían, y las torpezas y desórdenes con que escandalizaran; puede un pueblo olvidar todo esto; pero ni puede consentir que se repitan excesos semejantes, ni que la proscricción ó el destierro no hayan servido para enderezar al débil, avisar al extraviado ó corregir al perverso.

Y puede aún más el pueblo, y no hubo restauración en que no diera de ello muestra. Puede olvidar su anterior propósito de gobernarse de otra forma ó con otro régimen distinto, y hasta merced á la esperanza de realizar ideales que no se compadecan bien con la monarquía, abandonar y despreciar su logro, entrando desde luego en la legalidad de la restauración, por amor á la patria y en la confianza de que el rey, inspirándose en iguales sentimientos, haga de su parte cuantos sacrificios sean necesarios para el consorcio de todos los derechos y todos los intereses.

¿Pero el rey lo hará? ¿Los reyes que volvieron á ver su dinastía restaurada lo hicieron? ¿Pusieron de su voluntad lo bastante á conquistar el respeto de su pueblo? ¿Hicieranlo ó no, que no lo hicieron, pudieran hacerlo hoy?

Aventurada parecerá nuestra respuesta, ó tal vez influida en intereses de partido, que dicho sea de paso y como defensa á tal cargo, no andan muy bien parados,

Nosotros creemos sinceramente, y á pesar de cuantas observaciones hemos apuntado, que una monarquía restaurada puede consolidarse, para bien del país y bien del interés dinástico.

Fácil es á los reyes, no sólo conquistarse la voluntad de sus pueblos, sino consolidar su dinastía, que, si la Historia nos enseña muchos ejemplos de ingratitud en los príncipes, aún no hemos hallado uno sólo que demuestre la ingratitud de las naciones. No hay país alguno que, por incivil, desconozca su conveniencia, ni

pueblo que se vuelva contra su bienestar y el fomento de sus intereses. Y aquellos reyes que pongan su atención en las aspiraciones de su pueblo y de su tiempo, habrán logrado realizar toda su misión, para lo cual basta hacer lo que aconsejaba Quevedo para que las mujeres nos siguieran; ir delante de ellas: el príncipe que se adelante á los deseos é ideales de la nación, no tiene por qué temer celadas ni atentados contra su persona y su dinastía. Así, pues, aún cuando hoy aparece muy peligroso todo gobierno monárquico, y más el de las monarquías restauradas, no entendemos que la dificultad nace de la época ni del estado de la sociedad; que, bien analizados ambos términos, y penetrando allá en la raíz de las cosas, todos los inconvenientes que hallamos son fáciles de evitar; pero no tanto, casi imposibles de resolver, los que crea sólo la predisposición en el ánimo de las monarquías á no transigir, antes bien, á humillar al elemento popular y democrático.

De aquí surgen las dificultades y peligros, de aquí surgen también las revoluciones.

El elemento popular, en la época que atravesamos, es el más importante; el espíritu democrático, el de la época. Toda monarquía que reconozca esto y obre de acuerdo con estas fuerzas populares, habrá resuelto no sólo el problema de sus intereses, sino el del país que rige. Ahora bien: toda monarquía que se proponga engañar á—ó luchar con—la democracia, está perdida: si lo primero, porque la perfidia empleada por los reyes es correspondida por los pueblos, como dijo Saavedra Fajardo; si lo segundo, porque luchar con la democracia es ser vencido siempre, que, ya decía Tocqueville, que era esto tanto como luchar con Dios mismo.

Tratadistas muy importantes, escritores muy notables y que no pueden ser tachados de parciales en este punto, vienen hace tiempo reconociendo que es preciso á los altos poderes aceptar con sinceridad y sin recelo, el espíritu democrático que impulsa al elemento popular.

Un escritor que citamos al principio, dice que es vano el propósito de vencer á la democracia, porque ni aún así se le aleja del poder; y Forster añade, que no puede impedirse que las muchedumbres manden, y que bueno será se les persuada á que gobiernen bien.

Claro es que allá en las alturas del poder supremo, rara vez se oyen estos sanos consejos de ilustres pensadores, y gracias que se escuchan los acentos de la opinión; que nadie ignora cuán áspera atmósfera crean entre los reyes y los pueblos, la lisonja y la mentira de los cortesanos.

Pero si los reyes piensan, como no puede ménos de suceder, en la importancia de sus altos deberes y en la misión que les está confiada: si á la vez pueden recordar, como todos los que vinieron por una restauración, en la causa y razón de sus pasadas desgracias, no necesitan ni del consejo de los sabios, ni de las manifestaciones del pueblo, que deben bastarles seguramente con los movimientos de su propia conciencia.

Toda monarquía, como todo poder, tiene un fundamento: ninguna monarquía restaurada se creará con bastante, por aquel antiguo principio hereditario ó derecho patrimonial que, sino impidió por una vez el destronamiento, no habría de evitarlo en lo sucesivo.

Pues si esto no debe ser motivo para que las monarquías restauradas se crean seguras y firmes, no juzgamos que estimen como suficiente el captarse la voluntad de unos cuantos, con menosprecio de la de los pueblos; que no basta, usando de los vastísimos elementos de que un rey dispone para negociar, corromper y seducir conciencias, no basta, decimos, para consolidar un trono contar con el rebajamiento y la perversion de los partidos legales, si no se cuenta á la vez con la masa de la opinión que trabaja y contribuye.

Una de las cosas que más fácilmente creemos sabida de los reyes es lo que acabamos de apuntar, y si aún así no lo practican, débese, más que á su voluntad, á los agentes y estímulos exteriores que se lo impiden, á los trabajos de ese círculo perjudicial que les rodea y alucina;

círculo que produce los efectos de la sombra del manzanillo.

Militando nosotros entre aquellos que no reconocen la esencialidad de las formas para la realización de los principios democráticos, no nos han preocupado tanto las condiciones del príncipe para hacer compatible la democracia con la monarquía, como nos preocupan estos otros elementos subalternos. Porque si los reyes sabedores de su misión, concededores del benéfico influjo que en su pró realiza el consorcio de la monarquía con la democracia, no la aceptan, para ellos es el castigo, ó en el pecado llevan la penitencia, como se dice vulgarmente.

Pero si los reyes, convencidos por su instrucción y discurso, de los bienes que así y al país reporta el gobierno democrático, no lo realizan, porque su voluntad se halla sometida á influencias cortesanas, hay que lamentarlo profundamente, porque el desenlace no sólo es funesto para el rey, sino para el país; pues ese es el caso en que las revoluciones son más violentas y los desastres más desconsoladores.

No creemos, no, á pesar de todo, que trascurra mucho tiempo sin que las monarquías se alienen á la democracia, y en este camino pensamos que quienes en este siglo debieron avanzar más, y otro hubiera sido su destino, fueron las monarquías restauradas, esas que por experiencia saben ya que «su soberanía no es completa, y que al lado de ella y por encima de ella, hay otra que tiene sus horas de despertar,» sin necesidad de que esté reconocida en los Códigos, ni la mermen ó amplien con sofisterías pedantescas los polemistas de la tribuna, que, para aparecer monárquicos convencidos y estadistas de peso, tienen que comenzar por el falseamiento de todos los dogmas y la negación de las verdades más comunes.

Con la experiencia que es de atribuir á toda monarquía restaurada y lo sencillo que es el oficio de rey constitucional, ¿por qué no ha de ser dado suponer tarea fácil asegurar el régimen democrático y el orden en un país, cuando la suerte le depara un soberano que se guíe por el dictado exclusivo de su conciencia? Nosotros opinando así, cómo que presumimos el juicio de la historia acerca de las monarquías restauradas que no supieron consolidarse.

En ese juicio, las censuras no serán para el pueblo; los cargos duros y crueles serán para los reyes.

«Que éstos no se equivoquen; que sean discretos; que comprendan que su restauración fué debida á la confusión que rodeaba á los pueblos y les hacía suspirar por el reposo;» que, como en ese mismo diálogo dice Macaulay, por boca de Milton, «con la restauración no vengan vicios de todo género, el deseo sin amor, la servidumbre sin fidelidad, la perversion de lenguaje, la *inmoralidad en los negocios* y el menosprecio hácia cuanto es bueno y generoso y digno y respetable; que el trono se rodee de patricios y el altar no esté en poder de quien se prosterna ante todo menos que Dios; que la corte no se componga de terceros y bufones,» y con ello, y aceptar sin recelo al elemento popular y democrático, creemos tan fácil el que las monarquías restauradas y no restauradas se consoliden, como seguro el bienestar de un pueblo así regido.

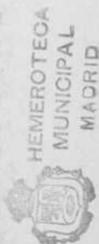
O. CUARTERO.

Albacete, 19 de Marzo de 1884.

EL LIBRO Y LA CARTA

(Conclusion.)

Aun entre las que se deben exclusivamente á la pluma, hay cartas que son naipes, y muchas de ellas que merecen la repulsión acordada á las que sirven en juegos prohibidos y han hecho, en dilatada serie de siglos, la ruina total de familias en series más dilatadas. No tengamos en cuenta las cartas anónimas; porque, si bien el crimen de escribirlas y las perfidias que matan con medios tan cobardes, y las cobardías hipócritas que pretenden dar avisos útiles y hacer obras de misericordia por medios tan inhumanos, y las víctimas que diariamente caen bajo su poder som-



(1) *Democracy in Europe: a History*, by Sir Thomas Erskine May.

brío, siguen siendo en Madrid y en casi toda España pero en Madrid superabundantemente, el pan envenenado de cada hora; lo cierto es que la censura universal, la protesta indignada y solemne de todas las almas bien nacidas, resuena también incesantemente y hace inútil la repetición en las columnas de los periódicos, y, aún en las cartas privadas, inútil hasta la más leve alusión á esos documentos de la depravación moral. Pero hay cartas que, aún firmadas, son anónimas. Los que las escriben estampán al pié de las mismas su firma verdadera, su nombre de bautismo y el apellido ó mote de su familia; pero estos seres, aunque sean conocidos de nombre, de vista y de varios modos, resultan ser también eternos anónimos de que es imposible purgar á la sociedad más incorruptible. Las cartas de un amante que explota el amor, que ve una bolsa en el corazón de una pobre mujer; las de un Tenorio condenado á no saber amar ni ser amado nunca; las de un Almagro, Tenorio de hierro colado, que ni siquiera sabe su oficio, hacer el amor (expresión bárbara, porque el amor singular no se hace, ni el agua tampoco, ni ninguna otra cosa pura y saludable; pero sí se hacen todas estas cosas en plural, cuando los plurales son caricaturas de los singulares á que se refieren torpemente); las cartas, además, de un Buckingham, que enamora dando citas en las joyerías, ó las de un Richelieu, que confecciona rosas de lisonjas con espinas de amenazas; las de un Marqués de Sevigné, que no tiene más habilidad que la de dar en apasionados relatos diversos nombres á la lascivia y definiciones falsas de los fuegos fatuos de un corazón muerto, en descomposición asquerosa; todas estas cartas son anónimas también, por lo mismo que sus autores no han sido otra cosa ni pueden serlo nunca, examinados conforme al ideal que tenemos del hombre en su nobleza privilegiada, sobre todos los seres que viven, que alumbran, que piensan ó hacen pensar.

No debemos referirnos á ninguna de estas especies de cartas, ni aún á aquellas que se hacen escribir á una mujer imprudente, para obligar luego á la misma infeliz á comprarlas, á comprar sus propias obras, porque la comprometen, porque matan un nombre honrado, porque disuelven una familia, si semejantes obras, confesiones peligrosas de amor y debilidad, permanecen en poder del amante venal, del Tenorio mercenario. Para anatematizar los crímenes que estas páginas, no impresas, ni trazadas con la publicidad en la consideración, han cometido y cometen, con más agravantes circunstancias que un libro abominable, no hay crítica que no sea risible, por lo ineficaz é impotente.

Pero esta misma observación de que hay cartas que disparan el crimen y la muerte sin el ruido de la dinamita, nos dicen los inmensos beneficios que pueden derramar las cartas buenas, dignas del secreto que caracteriza á la carta, del silencio que la caridad recomienda al realizar una buena obra, del misterio y de la reserva impenetrable que el amor infunde, que la sinceridad inspira, que la inocencia y la candidez imponen, del mutismo sublime de la luz, del himno sin palabras del ruiseñor que nunca se delata á oídos que le son indiferentes.

Hay modelos de libros, no hay modelos de cartas. Hay una retórica, una estética, un arte para enseñar á hacer libros; nada de esto hay escrito, ni puede haberlo apreciable ó valedero, para enseñar á escribir cartas. Todo corazón de hombre está condenado á ser original en sus cartas; y de no acertar á serlo en ellas, condenado á desconocer la mejor escuela de la sinceridad y de la infalibilidad, la gimnástica del lenguaje verdadero, el origen de un gran carácter; y en fin, la posibilidad de llegar á este preferente extremo de toda sabiduría, el *nosce te ipsum* del filósofo de Mileto. La carta escrita obedeciendo á un formulario no tiene alma, no dice nunca lo que quisiera el que la escribe, ni lo que quisiera recibir la persona á quien va encaminada; es una carta anónima, que sólo por excusar un bien, produce un daño. Porque en resolución, la carta está obligada á ser una acción noble, un milagro del verbo humano, y de ella se puede decir lo que de la perfecta casada dice Fray Luis de León:—«No es buena la que solamente es buena.»—En la carta se impone la necesidad de lo mejor y de lo más alto; en este instrumento valioso, y no vacilemos en decirlo sacramental, eucarístico para el desposorio místico de dos almas, es urgente que vaya envuelto, escondido un perfume del alma, como en las flores un perfume del cielo, es urgente que sea la revelación de un corazón expansivo, así como es un

rayo de sol la revelación de una existencia divina más alta y luminosa.

¿Se quiere averiguar el grado de nobleza de una raza ó de una nación, tratándose de hacer la historia comparativa de los pueblos civilizados ó con más eficacia influidos por el cristianismo? Averigüese en cuál abunda más el talento, la costumbre, la necesidad de las cartas expansivas.

Y no se pregunte qué clase de fieras pueblan los bosques de tal determinado país, ni qué clase de reptiles esconden las famosas flores de sus prados, ni los ponderados frutos de sus pensiles paradisiacos; ni qué procedimientos emplean con los viajeros confiados é inadvertidos, los bandidos que obstruyen sus desfiladeros, que satanizan sus espeluncas de vistosas estalactitas, que infestan de rábida sus despeñaderos; para formar idea del grado de cultura de dicho país, ó para alentar el deseo de visitarlo, y para decidir las simpatías por su clima moral, tanto como por su temperatura, su atmósfera, su providencia y sus bellezas naturales. No preguntemos esto, porque de ciertos países, lo que responderán las almas nobles, será que allí el monstruo más devorador y temible es el correo; la escuela de la desconfianza, el correo; el deshonor de sus gobiernos, el correo, y los antros de las perfidias, de los robos, de las pérdidas irremediables, de las profanaciones más sacrilegas, las administraciones de correos. ¿Qué importa que protejas allí tus cartas, tus confesiones afectuosas, tus revelaciones cordiales, los sigilos de tu alma, escudando el sobrecrito con el sello del Estado, con el busto del monarca, comprado con lo que pudieras comprar la gloria si se lo dieras de limosna á un pobre, pues es el valor de un pan; qué importa tanto cuidado si tu carta va á caer en manos de otro rey, pero rey de bandidos éste, por que está acostumbrado á ser impunemente árbitro de los secretos ajenos, tirano de los afectos, verdugo de los corazones más nobles de su patria, que para palpar, necesitan trayectorias de inmensas distancias como los astros que palpitan en el cielo?

España es el país en donde se escriben menos cartas. Un poeta notable que, á la dicha de serlo, une la de verse reconocido como tal y laureado por sus contemporáneos, tiene un poema incomparable, titulada: *La Carta esperada*. Es la historia de todos los corazones de la Península ibérica. No revela sólo la pereza invencible que entre nosotros impera, especialmente, cuando se trata de preparar un plieguecillo, tomar la pluma, escribir un nombre querido, señalar una fecha y derramar el corazón en una carta. ¡Revela lo inmanente en la conciencia de toda la raza, del recuerdo triste de los tribunales antiguos, y de los antiguos magisterios que la educaron; y del recuerdo del papel que hicieron en las denuncias, en los tormentos, en los suplicios, en las hogueras, en los autos de fé, en las pasadas edades, esas divinas expansiones de las almas vivientes que se llaman cartas, esas máquinas sencillas é inocentes para multiplicar, dilatar, irradiar la vida del escondido como su Dios, el corazón de un hombre! Entonces se empezó á matar lo que algunos tienen por irremediablemente muerto en las generaciones, que ahora antes parece que resucitan, lo que nacen. Si como fué dado á un Asmodeo destapar las casas de una gran capital, para escudriñar aposentos y alcobas, nos fuera dado á cualquiera de nosotros el permiso de abrir ó de transparentar las cartas de un sólo correo, el de hoy, por ejemplo, á un sólo punto, á Sevilla, verbi gratia; tal vez, tal vez (y quisiera equivocarme), la mayoría de las cartas resultarían anónimas, en el sentido en que no van dictadas por la confianza, ni por la sinceridad, ni por la buena fé, ni por las más vivas expansiones del corazón. En muchas de ellas los caracteres serían signos convencionales; en otras tantas se notaría el doble trabajo de una mano, procurando disimular la forma de su letra, en otras se disimularía el estilo. En las más, el nombre del encabezamiento no sería el mismo nombre del sobrecrito. Muchísimas tendrían frases como estas:—«No pongas en las otras que espero tuyas, la dirección de la casa de mis padres.»

«—Tu letra es muy tuya. Tén sobres preparados, que harás escribir á diversas personas que tengan distinto carácter de letra. A ver si puedes hacer que tu madre te escriba tres ó cuatro. De todos modos, mándame siempre tus cartas dentro de sobre ajeno. Reserva los sobres de tu madre para cobijar aquellas en que me escribes cosas... de que ya necesito cuando me voy á acostar.»

«—¡Cuidado! Un periódico dice hoy que en el Central le han entregado á un señor Donadeu una carta

de París, con señales evidentes de que acababa de abrir y cerrarla mal algún empleado de la oficina. ¡Gracias á Dios que al menos ahora no sabe cerrarlas con acierto la mano sutil, encargada de violar la correspondencia! Así conocerá una siquiera que ha sido violada por gente de fuera, y no por los criados de casa.»

«—No escriba usted más por ahora. M. está para llegar de un momento á otro. Ya que otra cosa no tenga usted, vergüenza al menos.»

«—Yo les leo á papá y á mis hermanas todas tus cartas en voz alta. Quiero decirte que leo sólo los párrafos que escribes con este fin. Pero ayer me distraje, y ya iba á leer los párrafos intercalados en que hablas de veras (¿de veras, vidita?) y sólo se dirigen á mí. No estando bien preparada, como sucede cuando estoy indispuesta, me distraigo fácilmente. El párrafo de ayer que estuve á punto de delatar, me puso muy colorada; y por poco me descubren, que á veces leo lo que se me antoja. Quisiera que otra vez marcaras bien el principio de esos párrafos con cualquier garabato, hecho con lápiz colorado. En cuanto distinga yo que hay partes coloradas en una tuya, sabré prepararme mejor para cuando llegue á ellas mi lecfura.»

«—Lo de escribirme tú imitando la letra de mi hermano, me parece muy bien. Y el no escribir tu nombre ni el mío, mejor. ¡Qué admirablemente falsificada está la letra del pobre Andrés! Pobre del infeliz si el viejo pillara una de tus cartas. ¡Por esto comprenderás con qué cuidado las escondo! Anoche, ¿sabes lo que pasó? Como Andrés persiste en la manía de volver tarde á casa, el viejo lo esperó, y enseñándole un revólver, le dijo en voz muy baja, pero que yo oí perfectamente, porque estaba escondida en el armario del recibimiento:—Hoy he comprado esto para tí en cuanto te pille en un renuncio de los que no puedo perdonar, ¡canalla!—¿Has visto qué genio? Y yo que no parezco en nada hija suya.»

Pero el bien que se puede hacer con una carta al amigo ausente, al que sufre, al encarcelado, al enfermo á quien no nos es posible visitar, á aquel á quien no podemos decirle de palabra que necesitamos su amistad, ó que nos perdona, ó que no tema ser nuestro amigo, pues lo menos que necesitamos al buscar amigos es dinero, ni favores, ni cosa alguna que les obligue á un sacrificio; el bien que se puede hacer con una carta generosa, desinteresada, y el que á la vez nos hacemos á nosotros mismos, habiendo empleado una hora, una lágrima y una esperanza en semejante obrera; ese, ese es el bien que yo quisiera saber ponderar con todas las fuerzas de mi alma, y en el que emplearía la mejor de mis plumas, si fuera serafín.

Sin embargo, me contiene la consideración de que para llegar á la perfección en cualquier aprendizaje, hay que producir primero muchas cosas defectuosas y de corrección difícil. Lo defectuoso en las cartas debe ser más triste que en ningún otro ensayo. Estamos en España, y aquí lo triste siempre es peligroso, ordinariamente en correos, ó sea por el ordinario de ahora, ó por la mala moderna.

¿Cómo, cómo convencer á nadie de que debemos rodear una carta del mismo respeto que en España todavía se tiene á un confesionario? ¿Cómo convencer á nadie de que tenga por curiosidad nociva á sí mismo, tanto el prurito de ponerse de escucha junto á las puertas entreabiertas y atisbar por el ojo de la cerradura, como la comezon por abrir una carta ajena? No recuerdo qué escritor inglés moderno, está escribiendo en las Revistas londinenses artículos curiosísimos sobre los resultados que se conseguirían, muy atendibles para la ciencia, examinando por el hígado de una persona quiénes fueron moral y fisiológicamente sus antepasados. En España ya se sabe lo que se quiere significar de un sujeto cuando se enumeran y encarecen sus cualidades, diciendo al principio y al fin de la apología:—«¡Qué hígados tiene!»—Pero acaso no sea esto lo que tenga en cuenta el escritor inglés Francis Galton, á quien nos referimos aquí, ni es tampoco lo que nosotros escogeríamos como medio de inducción filosófica ó científica, para dar con los antepasados de un *quidam*, de una *quedam* ó de cualquier *quodam*. Tengo y doy por más averiguado el sistema de conocer á una persona en sus tataradeudos, examinando los gustos de ésta por los escondites, el espíritu de indagatoria y de curiosidad inquisitiva, aplicado á los rincones, á las oscuridades, á las puertas cerradas ó á las condenadas, á las puertecillas de alcoba y á las de escape, á las cerraduras, á los sobres de las cartas, al lacre de los sellos, á la goma, á los

timbres de correos, al trato con los carteros, con los porteros, con los Judas de coche-simon; pasando luego el exámen de la dicha persona, á su manera de andar, de pararse, de pisar, de abordar, de rondar, en sus relaciones con los movimientos y curvas de los gatos, de las panteras, de los chacales y demás policia rudimentaria del reino animal.

Yo comprendo perfectamente en España la crítica contra los libros, al parecer, malos, siquiera sean libros franceses, que en España apenas se leen, que acaso los mismos críticos españoles no saben leer ó no han leído, y cuyos autores extranjeros así se curan de los críticos españoles como del cardenal Cisneros, viéndole en un cuadro que le representara amenazando á los nobles que le hacen sombra, con los cañones apenas bosquejados en el tercer plano de la tal pintura. Repito que comprendo esta crítica impotente, y comprendo la saña, no ménos ociosa de los Gobiernos contra toda clase de impresos, confundiendo los legales con los clandestinos, porque esto sólo es natural que pase en un país donde impera la costumbre de pensar mal y el espíritu de inquisitorial desconfianza contra todo lo que se escribe, llámese carta ó libelo infamatorio. Y cuando veo que entre los escasos recursos dramáticos de que siguen prevaliéndose y á un abusando los autores que proveen de novedades la escena española, no escasean los atisbos al través de las puertas, las cartas interceptadas, los medallones en que las madres moribundas esconden una revelación para sus hijos ó sus nietos; entonces no vacilo en decir que, efectivamente, el teatro es tan espejo de las costumbres, como un mar agitado lo es de la tempestad que se cierne llena de aplausos bramadores sobre sus ondas indomables.

Existe un elogio puro, sincero, universal en el lenguaje español, al cual no es rebelde ningún labio, el que se dedica á los gallegos agua-loreos, por la clase de calzado que usan, tan fornido, tan claveteado, tan ruidoso, por medio de los cuales se hacen sentir, se los ve venir, se anuncian desde una legua de distancia, con más claridad que la campanilla de cada puerta cuando llama á ella una mano tan pérfida como delicada. La buena fé, el honor, la fidelidad y la conducta franca de los aguadores, han sido blindadas antes que la marina de guerra. La paz se acorazó para no inspirar miedo, antes que la guerra para hacerse temible.

Y véase por aquí como si á mí me asaltara la manía de hacer museos de prendas personales, uniformes ó libreas históricas, como al difunto Romero Ortiz; haría bien en disponer un santuario ó sitio reservado como el *Pompeyano* de Nápoles, entre otras cosas, para los zapatos monumentales del honrado aguador que sube el agua á mi albergue, y no en manera alguna para los chapines tenuemente olorosos de casquivana princesa.

De lo que no conviene que prescinda el publicista interesado en el capítulo de las cartas, es del capítulo de los sombreros que decía el *Sganarelle* de Molière, *medecin malgré lui*; al aconsejar á los incautos con tanta franqueza como cortesía, que no escriban carta alguna bajo la inspiración única dominante, que para las cartas y otras cosas, desciende á las almas del cielo riente de Madrid.

La iracundia es lo más poderoso á vencer la repugnancia que en España tenemos, á pensar, escribir, cerrar, lacrar, sellar y mandar al estanco una carta. ¡*Estanco!* Tratándose de nuestras perezas características, bien puesto está ese nombre á su cosa. Pero considerando él mismo en sus relaciones con las cartas, lo mismo valdría sustituirlo con el de *estanque*, *en fin, de aguas corrompidas, entre fétido fango detenidas*, que dice *El Diablo-Mundo*.

Una carta escrita airadamente, ó amado Teótimo, sobre todo, si eres amado muy de véras por otro que yo, sábete que es mucho más cruel ó infame que ninguna blasfemia, que ninguna injuria, escapidas con acritud.

En la carta quedan las injurias quemando, y aún las palabras inocentes que rodean, ó entre las que van las injurias engastadas, injurias son también, participan del veneno de éstas, así como en un anillo, la filigrana de oro participa del brillo y del valor que ostenta el diamante que la corona. Imposible atenuar por ninguna interpretación de buena voluntad, por ningún medio digno el sentido pernicioso de la injuria escrita; imposible borrar lo escrito con la humedad de un beso; ó con los besos en que se derrieten dos ardientes ojos. Y es muy difícil buscar una palabra dulce, que dar por contestación misericordio-

sa á una ofensa que profana hasta la blancura de la hoja deleznable de papel.

Librete el cielo de cartas airadas. No leas las que recibas, antes de examinarlas con ojos vagos, como se examina el cielo en las noches profusamente consteladas. ¿No te ha sucedido en estas contemplaciones fijarte de pronto y de un modo irresistible en un lucero que parece que te ha llamado, y sigue diciéndote que es hermano tuyo? Algo así, pero en sentido funesto, nos pasa cuando damos lo que se llama un vistazo rápido á la carta que acabamos de abrir, y que desde luego empieza por asustarnos si es inusitadamente extensa. Por lo regular, un atractivo fatal atrae nuestra mirada nublada y triste, y la obliga á fijarse en la frase más ofensiva, en el renglon más afilado de aquel estuche de injurias asesinas. Si esto te sucede, no quieras seguir adelante en la fatal lectura. Rompe luego al punto la carta, si no quieres que un cobarde acabe de destrozarte el corazón.

No escribas cartas así. Si lo haces, has perdido el secreto de escribir cartas... á la *Santísima Virgen*, como la del niño del cuento, que esperaba una contestación del cielo.

Es tu amigo un niño, un pariente que está en el colegio y se porta mal; es, supongamos, un joven estudiante que no estudia ni deja estudiar; á estos, sí, escríbeles con dureza, pero que lo contundente de tu carta esté en los argumentos, y tús filos en cualquier otra cosa, pero no en tus amenazas. Y si estos corazones son un poco tiernos, por poco tiernos que los supongas, procura dejar en el tintero lo que dicho ennegrecería muchas memorias tuyas, que en el porvenir de tus amigos conviene que luzcan como los astros que guían á los caminantes.

Debe establecerse por regla general, entre la gente dada ú obligada á sostener correspondencias por cartas, que ninguna carta querellosa se mande al correo mientras no hayan pasado veinticuatro horas después de firmada.

Nadie ignora lo inútil del concejo que prescribe á la esposa aplicarse á la boca una botella que contenga agua llorada por el cielo, y mantenerse así bebiendo lentamente, gota á gota, mientras el esposo vocifera y recrimina. Nadie deja de estimar absurda la regla que nos manda recitar el alfabeto tres ó cuatro veces, antes de hablar otra cosa, cuando somos presa de violenta incomodidad. Consejos necios, inútiles.

Pues bien: ¿hay que escribir una carta que chorree sangre? ¿Tienes que escribirla necesariamente, amigo mio? ¿Te lo pide á gritos tu dignidad desconocida, tu conciencia del deber, de la equidad, de la justicia? Pues hazlo, anda, siéntate, escribe la carta tan odiosa como indispensable. Vé y derrama en el papel toda la tinta de tu escritorio y todo el acero de tu caja de plumas, y toda la ponzoña que te está ahogando. Escribe de modo que se rompa el papel en algunos puntos. ¿Qué tal? ¿Has dicho lo bastante? ¿Crees que has devuelto á tu ofensor cien injurias por cada una de las que su carta te ha traído? ¿Y por haber hecho esto, te sientes mejor, más aliviado? ¿Has descansado un poco, te has calmado un tanto? ¿No? Pues vuelve á leer lo que has escrito, todo, de cabo á rabo, desde los dientes de la víbora, hasta la cola del basilisco.

Supon luego que tu carta es de otro á tí. Opon á ella entonces cuanto te acuda á la mente, mientras te dure la elocuente efervescencia.

Y, por último, guárdala en el *secretaire*, y dá dos vueltas á la llave.

Si así lo hicieras, te aseguro que á la siguiente mañana tendrás algo que reducir á cenizas, si quieres almorzar tranquilo y comenzar el día sin la peor herencia de la víspera, puesto que cada día trae su especial cuidado. No hay anuncio farmacéutico de cuarta plana, ponderando un específico que no deje á la cuarta pregunta á numerosos enfermos. Mi específico es más verídico y respetuoso, por eso no va en la plana de los reclamos.

Pero una carta agradable, es lo más agradable, dulce, nectarino y calmador, que puede ofrecernos este bajo mundo. Carta que aspire á ser bálsamo, debe ser hija del buen humor, contener algún chiste, procurar unas euantas sonrisas, jugar con el vocablo siquiera una vez, y no insistir en las agudezas, sino indicirlas delicadamente. Un chiste rebuscado aparece mohoso; un brillo á fuerza de frote, aparece rayado, acusando la intervencion de la gamuza con polvos para platear cobre. Convertir la carta en hoja de papel, desprendida de un libro mal encuadernado, es miseria de corazón que para todo necesita un manual de cocina.

Que tus cartas no sean demasiado largas, á fin de

que no canse su lectura. Pero tampoco demasiado cortas, que no valga la pena de haberse recibido. Con una carta así, es imposible prolongar la dulce inquietud que nos deleita al romper un sobre, imposible escribir algo en el corazón que la reciba. Son tan inútiles, como esos pañuelitos menguados, pero con bordaduras costosísimas.

Las cartas deben escribirse única y exclusivamente para el que las va á leer. El autor de un libro sólo tiene en cuenta su pensamiento, su propósito, su estilo. Pero el autor de la carta necesita preocuparse, además de la manera de pensar, de sentir, de apreciar la vida y el mundo, y también de la instrucción, y aun del estilo epistolar del amigo á quien escribe.

Que aun sin firma, ni sobrescrito, se conozca qué corazón irradió la carta, y á qué corazón van aquella luz y aquel calor delicados. Pero, ¡nada de adulación, nada! La adulación en una carta la comunica el desabrimiento de los objetos pegajosos, de las manos sudorosas, y de las velas de sebo que se tuercen fácilmente y se corren. ¿Pero deja en ningún caso de ser asquerosa la adulación? Esto no quiere decir, que á las cartas cariñosas estén vedados ciertos extremos. Bajo la corriente cristalina en que fluye y se desborda el efecto noble, bien se puede extender una hebra plateada de aprobación ó de lisonja, por tal ó cual obra del amigo, por éste ó aquél de sus talentos simpáticos. Que los elogios no salten á la vista, pero que se hagan sentir, adivinar porque esto produce aumento de placer y confianza, como la seda color de nácar de un collar, que permanece escondida entre las perlas que mantiene ensartada.

¿Y censuras? ¿Y quejas? ¿Y celillos? También, también algo de esto viene muy al caso en las cartas de un amigo á su amigo. Pero con la condición precisa, de que las censuras y las quejas, sobre las faltas, descuidos supuestos, olvidos ó enfriamientos, desigualdades de carácter ó de conducta del amigo á quien nos dirigimos, no impliquen dudas tímidas sobre sus bondades, y ménos, muchísimo ménos, sobre su inteligencia.

La carta buena debe escribirse con buena letra. Los corazones claros aman los escritos que en todos conceptos se asemejan á ellos. Lamentemos que se necesiten telescopios ó microscopios para estudiar los mundos lejanos, pero no queramos apelar á gafas para distinguir el mundo de un corazón que viene al nuestro, y se abre á él de par en par. Hubo una amistad tan constante entre dos amigos, que uno de ellos pudo cegar, sin dejar por eso de leer con sus cinco sentidos las cartas de su ausente. Librenos la patrona de la vista, Santa Lucía, creo, de cartas que conspiran á desojarnos. La letra clara es un honor de nuestra edad. Pero sobre la caligrafía de la carta, detengámonos en esta sola recomendación. La forma de letra rebuscada, el atildamiento en los rasgos, la escrupulosidad en el igual tamaño de las letras, en la simetría de los renglones, en la rectitud de las líneas y en lo historiado de las mayúsculas, toda esta caligrafía pedantesca revela remilgos de tocador literario; y las cartas que no traen algún descuido, alguna distracción, algún defecto de ortografía ó de sintaxis, las que de este modo, y de otros varios, no vienen descubriendo ligereza, espontaneidad y confianza, no parecen cartas tampoco, dejan de serlo, no hacen las veces de apretones de manos deliciosos y de abrazos bruscos que rompen divinamente el corazón del que abraza, y nunca mortalmente el corazón del amigo abrazado.

La corrección, en todo caso, debe ser resultado de la educación á tiempo y del uso constante, de la práctica, pero nunca de la preocupación del momento.

En cuanto á limpieza, la calidad del papel importa poco. Hay papel de estraza que se niega á servir de envoltura á una libra de salchicha; y no se rompe y dura muchísimo, si un pensamiento precioso se ha confiado á él, suplicándole que le sirva de sosten y custodia. Hay también cartas con más borrones que letras, pero estas piden mimos, vendas y besos. Cartas con pupa. Hacen llorar lagrimitas de ternura. En cuanto á manchas propiamente dichas, las insportables son las que trae la carta producidas por la grasa de un mostrador. Quien no supo evitarlas, las deja, pensando que ennoblecen su papel esas trasparencias, que son lo contrario de lo negro y espeso de todo lunar en un rostro satinalo; y en realidad, esos claros oleaginosos que parecen convertir en cola de pavo real la hoja de papel, recuerdan más bien los agujeros, ó lo que es peor, los remiendos con seda amarilla en harapos de percal negro.

El menor asomo de utilitarismo, de negocio, de

interés bursátil, de devoción coquetona detrás de una mesa de petitorio, rompe el encanto de la carta más perfecta por otro concepto.

No pidas modelo, amado Teófilo No pidais ejemplares que imitar, menjitas afligidas, jovencitas incluseras, huérfanos en el seno de vuestras propias familias, almas hambrientas de amistad y sedientas de amor y atacadas de *braquicnea*, porque no respiran la atmósfera del cielo; no pidais una obra maestra, que á la vez que este título fastuoso merezca el título humilde de *cartita*. Pero es posible consolaros de esta falta, asegurando á vuestra sinceridad que se acercará mucho á la perfección en sus cartas, si las escribe, de modo que Tomás Moore quisiera firmarlas para con ellas asegurar á Byron que ama en él hasta sus desvarios, si las escribe como acaso Miguel de los Santos Alvarez se las escribía á José de Espronceda, si las llena de descuidos elocuentes, como los que el correcto Nuñez de Arce quisiera en sus cartas á sus verdaderos amigos, como quisiera Campoamor, para ser en su correspondencia más sincero que en sus poemas, como lo he sido yo en mis cartas á... y á... y á... ¡Tengo miedo al correo!... con el talento, en fin, que anhela poseer toda alma de poeta al escribir á una madre, á una esposa ó á una hija.

Es indispensable perfumar las cartas. Pero no con piel de Rusia, ni otras esencias de Regnaud, de Pinaud ó de Guerlain. El perfume ha de salir de ese *sachet* que se llama un corazón amable. No olvidemos el secreto misterioso que hace de un cartero el mejor cómico del mundo, y de una Celestina, una hada Melusina, por cuanto los pasos del uno y del otro tienen para nuestros oídos en ocasiones dadas, todos los dejos, toda la música, todas las gratas inquietudes de los pasos del arrojito que esperamos, de los pasitos de un amor que viene á cumplirnos su palabra, de las pisaditas de un corazón que hace palpar, más no crugir los peldaños de nuestra escalera, del rumor de un vestido que nos trae resguardado un rubor de ángel, y á veces el encono de una madre que perdona.

Y sirvan estos recuerdos y esta preocupación, para no descuidar en nuestras cartas cordiales nada que contribuya á prolongar la soberana é indefinible inquietud que nos hace temblar como niños cuando esperamos, recibimos y rompemos la neta de las cartas de nuestros bien amados. Que no tenga que decir el amigo que recibe la nuestra ¿Y para esto se despilfarraron diez céntimos? ¿y para esto redobló mi corazón sus latidos al acercarse el cartero? ¿Y para esto se puso tinta en una hoja blanca como una hostia?»

Envolvamos nuestras ideas, nuestros conceptos, nuestros consuelos, nuestras sentidas querellas confiadas á cartas, como Rimmell y Atkinson envuelven sus jaboncillos y redomitas de esencia, en algodón, en papel picado, en rasos brillantes, en cintas risueñas como las que jugueteaban en la cuna de un niño ó en los pabelones de su cuna.

Recordemos, por último, lo que agrada recibir un cajoncito de pino que nos mandan de Londres, de París, de Viena, de Cuba, ¡ay! de Cuba, lleno de finezas, de golosinas, de juguetes, de flores de cariño, de miserias de almas ricas, escogidas día por día, en el espacio de un año, de Navidad á Navidad, agradeciendo que se nos sorprendan con aquello, é importándonos poco que, al abrir precipitadamente la tapa, el martillo nos magulle un dedo, ó los clavos nos hieran una mano. Recordemos que entonces nos chupamos los dedos que nos sangran, no porque nos duelen, sino de gusto por la sangre y las lágrimas, que nuestros parientes nos envían en sus agasajos.

Vengan, vengan cartas como estas cajas, con tristezas ó clavitos que nos hagan sangrar, siempre que atesoren debajo de estas espinas, rosas azul-celeste, juguetes de amor y ternura. Y en este caso, que la caja sea de pino ó de cedro oloroso, me importa un bledo. Que el papel sea fino ú ordinario, florete, aña fé, estraza ó fantasía de última novedad, me importa á menos que los sellos del correo que sólo manchan los sobres.

TRISTAN MEDINA.

DOS POETAS DEL GHETTO: BERTOLDO AUERBACH Y AARON BERNSTEIN

Dos poetas del Ghetto han de obtener un puesto en la *Walkalla*: Bertoldo Auerbach, el poeta cuya vida era un pedazo de la vida universal de su nación, y por cuyos labios el pueblo alemán reveló sus misterios más

bellos; el vate que era un sábio como su modelo Spinoza, y que podía vanagloriarse de haber penetrado en el alma del aldeano alemán antes de que los germanos antisemiticos de hoy hubiesen concebido la idea de tratar al pueblo en las aldeas, á la margen de la selva, en su comercio íntimo con la naturaleza; y Aaron Bernstein, el redactor, publicista, naturalista, novelista y poeta, que en 1839 fué el fundador de la *Novela de Ghetto*.

Los que trataron á Bertoldo Auerbach recuerdan su aparición tan simpática como venerable, su figura patriarcal, su cuerpo bajo, su frente alta y poderosa, sus ojos pequeños, su mirada infantil, sus cabellos blancos, su barba blanca, sus movimientos enérgicos, su voz sonora conservando siempre el dialecto de su patria, Suabia; su lenguaje didáctico, haciéndose todo lo que hablaba una sentencia, un gnomo; su memoria feliz, pareciendo que de una fuente profunda sacase agua cristalina y fresca; los que le conocieron como los escritores Pablo Lindau y Guillermo Goldbaum, dicen que la diligencia era la más sobresaliente de sus cualidades nobles, y que menospreciaba la gran acumulación de frases que el humano comercio ha creado para los casos ordinarios, teniendo él su manera propia para expresar todo, y siendo todo lo que hablaba un manuscrito que podría imprimirse sin que se corrigiese alguna palabra. Así, al llorar la muerte de una parienta querida, decía: «Tenemos una comun posesión imperdible en el recuerdo y en el cumplimiento, y eso nos puede consolar de la dura necesidad de la ley de la naturaleza.» Aquellas palabras las repetiremos hoy llorando por él. Y así como imprimió un sello propio á su esencia entera, á sus pensamientos y á sus obras, tenía algo propio también en el vestido, recordando éste á la vez un chaleco de estudiante, una almilla y un sayo. Se regocijaba con su genio como un niño se regocija con sus juguetes; estaba contento de sus creaciones espirituales, porque era una naturaleza demasiado sincera para disimular que no apreciaba bastante sus propias dotes.

El amigo de Uhland y David Strauss, del estatuario Ritschel, del filósofo Vischer y del músico-literato Fernando Hiller, fué el último poeta que ha trasportado á nuestros días algo de la prosa culta de Goethe, el patriarca de cuya frente se derramaba un rayo de oro iluminando los caminos de los que le siguieron; él fué durante el espacio de cuarenta años el heraldo de los aldeanos, demostrando el judío Heine, el imitador más feliz de la canción popular, y el judío Auerbach con su ejemplo, que hay no sé qué misteriosa conexión entre la índole germana y la índole judaica, quizá porque los germanos eran los primeros que se identificaron con el cristianismo, que salió del seno del judaísmo.

El primero que introdujo en nuestra terminología literaria la palabra *dorfgeschichte* (novela campesina), fué Gotther; pero en sus narraciones campesinas prevalecía lo idílico. Después Petalozzi, Immermann y Jeremías Gottheef habían aproximado la novela campesina á un género del arte más acentuado. Pero el que abrió al aldeano alemán las puertas de la sociedad, el que lo igualó en sus alegrías y en sus penas, á los que hasta entonces se habían considerado como los privilegiados; el que, según decía ya en 1843 en su saludo tierno y poético Frailigrath, «reivindicaba los derechos poéticos para el chaleco de paño y las trenzas,» fué Bertoldo Auerbach, y aquella hazaña democrática era el secreto de la inmensa popularidad que alcanzaron sus *Novelas campesinas de la Selva Negra*. Es verdad que sus aldeanos se complacían en hacer reflexiones filosóficas, como si junto con el poeta hubiesen estudiado á Spinoza; sin embargo, eran aldeanos genuinos, que con su existencia poética, cumplieron la noble misión de salvar el derecho del sentimiento natural en frente de las figuras aristocráticas que pululaban en las novelas de la condesa Ida de Hahn-Hahn y de los barones Pübler y Ungern-Sternberg.

La muerte de Auerbach era trágica como la de Gutzkow. A ambos la posteridad ha de pagarles la deuda de gratitud que les negó en vida. Dos años antes de su fallecimiento, Auerbach había perdido el brillo claro de la alegría; sustituyendo á éste la expresión de un cansancio extraño. Nadie fué herido tanto por el movimiento antisemitico como él, el judío y poeta alemán. Procurar poner en un contraste implacable á estos dos que se habían unido en su persona y negar al uno que fuese también el otro, era amargar su ánimo por siempre y hacerle una injuria de que había de resentirse hasta el último suspiro; un sólo día, hizo de él un anciano que, arrastrándose con pena, tenía que apoyarse en un bastón, pareciéndole que, después de haber trabajado tanto en pró del espíritu alemán, al final de su vida se acercase á él algún holgazán, diciéndole: «¡Toma el pendil; no perteneces á nosotros!»

El poeta judío murió en su destierro voluntario en Cannes: las olas del Mediterráneo entonaron el canto lúgubre á la muerte del vate alemán, cuando sus amigos preparaban una fiesta para celebrar su septuagésimo cumpleaños; pero él se escapó á los homenajes muriendo veinte días antes de haber llegado aquella

fiesta; entre los labios y la sopa se entorpecieron los parabienes, enmudecieron los brindis.

Murió en el extranjero el 8 de Febrero de 1882, pero lo han enterrado el 15 del mismo mes en el pueblo de su nacimiento, y el mausoleo de su espíritu han de ser siempre las letras alemanas. Cornelio Nepote emplea las palabras *Tu is honos tributus est* al referir que el busto de Miltiades fué colocado en aquel santuario de Atenas que se llamaba *poieilo*, y nosotros diremos que el pueblo alemán dispensará honores semejantes á su Bertoldo Auerbach, que no ha de faltar en el registro de nuestro caudal literario. Él no fué lírico, y no obstante encontró los más dulces tonos líricos que no se perderán en el vacío; ni fué dramático, y sin embargo creó en medio del paso épico escenas de conmovedora fuerza dramática. Quisiera mojar mi pluma en disolución finísima de rosas y azahar para escribir acerca del poeta que hizo suya á la Selva Negra.

Nació el gran vate el 28 de Febrero de 1812 en Nordstetten (pueblo de la Selva Negra de Wurtemberg), como hijo undécimo de un preceptor judío, viendo la luz primera en medio de contrastes. Pues era un hijo de la aldea, que con ojos curiosos miraba las maravillas de la Selva Negra; pero como muchacho judío tenía que ocuparse del Talmud, sumergiéndose en aquel laberinto de pensamientos y silogismos en el que no brilla jamás el sol, así como no brillaba nunca en las calles angulosas del Ghetto. Allí el judío no tiene sino que adquirir bienes, faltándole el tiempo para respirar el aroma de las flores y deleitarse en el brillo de sus colores, y fué obligado á preguntar hasta qué utilidad tienen las flores. Así también en el muchacho judío de la Selva Negra, la reflexión se une á la ingenuidad.

Entrado en Hechingen en la escuela de Talmud, el rapazuelo judío continuó oyendo el ruido de la selva patria; pero cuando quisiera hablar como sus compatriotas los aldeanos de Nordstetten, el Talmud puso la mano de hueso sobre sus hombros, y su lengua se hizo tímida, la frase que salió de sus labios se hizo una sentencia aguda. ¡Qué grandes, pues, habían de ser las luchas de Bertoldo para remontarse desde el *Talmudismo* hacia la contemplación moderna y alemana! Los suyos deseaban que desde la escuela pasase á la sinagoga. Lo hubiera hecho si hubiese sinagogas en las aldeas, rodeando el púlpito el aroma fresco de los abetes y saludando al predicador el canto de las aves. Pero no hay sinagogas sino en las ciudades, lejos de la selva y de la huerta, del aroma de los abetes y del canto de los pájaros, y, según dice Ivo, figura creada por el mismo Auerbach: «Quisiera ser párroco, pero sólo el domingo; vivir la semana entera con Dios, y vivir de lo que se sabe de él, estar en la iglesia lo mismo que en su casa en mi cuarto, eso es ni tener iglesia ni domingo. ¡Dios mío! ¡qué satisfacción era la mía cuando la mañana entraba en la iglesia diciendo: ¡Buenos días, Dios de mi alma! entonces el sol brillaba de un modo distinto, las casas tenían un aspecto del todo diferente, el mundo entero era otro que los días de trabajo. La teología pierde la religión.»

Para el joven Auerbach la escuela de Talmud no condujo, pues, á la teología, sino á la filosofía. Pasó de Schelling al sistema austero y rígido de Spinoza, trató al teólogo Federico Strauss y luchó contra el ilustre predicador de Heidelberg, Daub, en pró de la emancipación de los judíos. Después llamó la atención por sus novelas *Spinoza* y *Poeta y mercader*, disputando su alma el judaísmo y el *spinozismo*. Quería libertarse de ambos sin renegar; buscaba, pues, algo más alto en que ambos se disolviesen. Y en aquel tiempo, literario por excelencia, en el que la pluma era una espada, el poeta lo encontró en el culto de lo que el P. Jahn llamaba *Volesthum*, y que en castellano podría llamarse *cosas del pueblo*. Conquistó para la poesía el suelo pesado de la vida de los campesinos alemanes. No enriqueció la literatura patria con una nueva figura característica como Cervantes en su D. Quijote, sino que completó el cuadro literario del pueblo alemán, siendo sus sucesores José Rank, Melchor Meyr, Gustavo Freysag en la novela, en la escena Carlota Birch-Pfeifer, y la hija de ésta, Guillermina de Hillern, en la novela.

Auerbach volvió á los pueblecitos de la Selva Negra cuando ya había visto la ciudad, y tenía, como si digéramos, dos rostros: uno que mira hacia la ciudad, otro que mira hacia las aldeas. Es interesante contemplarle siguiendo en sus *Novelas campesinas* (cuya primera serie salió en 1843) la aproximación sucesiva entre la aldea y la ciudad. Nos pinta en *La señora del profesor* el consorcio poco satisfactorio entre la aldeana y el pintor; retrata en la *Nueva serie de novelas campesinas* (que siguió en 1853 y 59) al campesino corrompido por los ejemplos ciudadanos; pero después nos presenta una generación nueva que se ha desarrollado en la aldea comprendiendo las innovaciones del tiempo, y en la novela *Auf der Nohe* (En la cumbre), publicada en 1871, demuestra que la sencilla Walpurgis tiene una construcción moral más vigorosa que la condesa Irma.

La obra *La casa de campo del Rhin* «ni quita ni pone rey», ó lo que es lo mismo, ni acrece ni amengua la fama esclarecida del que llamaremos, con el Sr. Goldbaum, «el artista entre los autores de narraciones cam-

pesinas. » Lo mismo diremos de la novela *Waldfried*, en que resona el eco del trueno de las batallas y del júbilo nacional de 1870 y 71. Concluyó el apasionado del pueblo volviendo en Berlín a la novela *campesina* dando a la estampa las obras *Landolin* y *Brigida*, que añadieron un nuevo florón a la laureada corona del eminente escritor, pintando éste los nietos de sus aldeanos cuyo horizonte se había ensanchado por la política y la industria.

Han censurado a Auerbach por ser amanerado y por haber pensado las impresiones antes de sentir las. No negaríamos eso, pero diremos que tiene la culpa la escuela talmúdica, cuyo pensar es un pensar amanerado y que desarrolla el pensar a costa del sentimiento. Pero el pensar y filosofar corresponde también a la indole germánica, y el judío Spinoza ha ejercitado una gran influencia también sobre Kant, Goethe, Lessing, Schelling y Hegel.

Después de Auerbach, cuya musa filosófica se complacía en arrugar las cejas, y cuyas obras, llenas de mundos ignorados de belleza, traspasarán los linderos de lo futuro, recordaremos al campeón de siempre en pró de la libertad política de su patria, al hombre que en 1848 fué a la vez político, poeta y naturalista, y que en 1853 fundó el periódico popular y democrático de Berlín *La Volkszeitung*, siendo él su más asiduo articulista y folletinista que cada año publicó un libro compuesto de sus artículos, trascendentales para el tiempo y preciosos por la forma y el asunto, cumpliendo, por su cultura y su talento, la misión difícilísima de elevar hacia sí a la muchedumbre, que sabía cautivar por su lenguaje vivo y pintoresco, iluminando el caso pasajero por la luz de los permanentes principios áticos y nacionales y la idea de la libertad, y ofreciendo su gran saber y su fantasía, riquísima siempre, un ejemplo análogo de la vida de la Naturaleza y de los pueblos.

Hablaremos de Aaron Bernstein, que se distinguió por su contemplación ideal, por su amor sincero y su sincero odio. Como político, consideraba como un sagrado deber proteger a la Constitución del país contra cualquiera, y hasta contra un genio político, contra aquel *mágico prodigioso* que se llama *Bismarck*, y que hizo aún más que Julio César poniendo todas sus fuerzas al servicio del emperador y del país, y reuniendo todos los pueblos a fin de que formasen una liga de paz, mientras el gran romano se dedicó a glorificarse a sí propio.

Mayor éxito que en la política alcanzó Bernstein en la esfera científica, pues en ésta no tenía que combatir ninguna reacción, prestándole sus oídos la nación entera, que admiraba su amor a la verdad, la claridad del escritor popular y el estilo plástico del poeta.

Lo mejor y más profundo que escribió, son sus novelas de Ghetto tituladas *Voegele der Maggid* (Voegele, el predicador) y *Mandel Gibbor* (nombre de un criado judío), las cuales, entre todas las novelas de Ghetto, se aproximan más al idilio. Pocas pinceladas le bastan para retratar todas las figuras. ¡Y qué copia de tipos contienen aquellas novelas revestidas del más fiel colorido local! Pero es una lástima que al escribirlas se haya dirigido a un público exclusivamente judío, y que, por lo tanto, haga emplear a sus figuras con frecuencia el dialecto.

¡Será siempre una aparición fenomenal por la fuerza estupenda con que cumplió a la vez los trabajos más distintos, escribiendo con la osadía del sábio *Sobre el origen de las leyendas de Abraham, Isaac y Jacob*, y artículos políticos y científicos.

Nació Aaron Bernstein el 6 de Abril de 1812, de pobres padres judíos, recibiendo una educación judaica que se limitó a la Biblia y al Talmud. Pero después llegaron a sus manos libros alemanes: rompió con las tradiciones de la infancia y salió para Berlín, donde se dedicaba a las ciencias naturales, siendo investido con el título de doctor.

El anciano valiente que, estando siempre en la avanzada del combate, vió los días tristes de la liga antisemítica, murió sin embargo creyendo en el desarrollo imperturbable del humano espíritu y en un porvenir de oro de la humanidad. Falleció el 12 de Febrero de 1884 en Lichtenfelde, próximo a Berlín.

No doy por terminado mi trabajo. Otros poetas del Ghetto, que un día presentaré al lector, son Mosenthal (el reputado autor de *Décora*), Leopoldo Komperr, Leopoldo de Sacher-Masoch y Carlos Emilio Franzos.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 1.º de Marzo de 1884.

PEDRO ABELARDO

POEMA

POR EMILIO FERRARI

Tiempo hace ya tuve noticia de que un poeta, cuyo nombre apenas había yo oído algunas veces, elegía la figura de Pedro Abelardo para animarla en bellísimo poema.

El nombre de Abelardo, de tal suerte vive unido al de Eloisa en la imaginación del pueblo, que no parece sino que entre los dos constituyen una sola personalidad; y debo declarar que, cuando del poema se me hablaba, me acometió fácilmente la sospecha de si, tratándose de un capricho poco feliz, se querría dar vida a cualquier resto fósil del trasnochado romanticismo, y aun quizá aquel Ferrari que se me citaba, sería un bohemio de mal género y de peor gusto, melencólico, asendereado, maltrecho y lleno de estudiadas excentricidades. Pero a tal punto, y con tan subido entusiasmo se me elogió la obra y se me pintó su autor, que comprendí pronto cuál podía ser el carácter del *Abelardo* de Ferrari, y hasta me fingí su verdadero atavío.

He dicho que me lo fingí, y debo añadir que con harta imperfección. *Pedro Abelardo*, como todo lo que Ferrari escribe, tiene un sello tan especial, una forma tan gallarda, tan severa, y bellísima a tal extremo, que únicamente contemplándolo, hay quien pueda ir a acomodando a su imaginación, y sólo cuando el ánimo se serena después que domina el deleitoso vértigo producido por lo inmensamente grande, hay manera de que siga en todos sus puntos aquellas hermosas y firmísimas líneas, aquellos rasgos a la vez seguros y delicados con que Ferrari da cuerpo a sus cuadros y a sus figuras.

Un estilo castizo como pocos; una frase enérgica y sóbria como ninguna; una galana dicción poética con vibraciones de todas las armonías, resonancias de todos los ecos y conjunto de todos los tonos, son los elementos de que dispone Ferrari con prodigiosa y rarísima habilidad, para vestir sus concepciones siempre brillantes.

Es, sobre todo esto, escultor inspirado, alzando hermosas figuras llenas de verdad; es pintor atrevido y felicísimo, componiendo cuadros de gran estudio, matizando paisajes que atraen de modo irresistible a los sentidos y al alma; es constantemente pensador, hablando a las inteligencias con esa voz que les lleva como el Verbo de las nuevas ideas y de la verdad probada; es siempre artista, dando vida a sus creaciones con el soplo del genio, y envolviéndola en effluvios de gloria.

Condiciones son todas estas que, cuando se reúnen en una sola personalidad, pueden darle carácter especialísimo, porque no es ordinario que así se ofrezca la concurrencia y armonía de todos los elementos; pero si aún se quiere determinar de modo más correcto el verdadero carácter de Ferrari, se puede añadir que es descendiente digno de Nuñez de Arce, cuya escuela él hubiera iniciado entre nosotros, a no haber nacido antes a la vida literaria el ilustre autor de *Gritos del Combate*; y que, como se ve en los cantos de *Pedro Abelardo*, la inspiración de Ferrari hace brillantes todos los tonos, domina las nubes de tormenta que pasan por el cerebro, y los rayos de la idea luminosa, y las tempestades del corazón, y el deleite de las pasiones tranquilas, y es espejo donde la Naturaleza se retrata, y es cristal que alcanza hasta los cielos, y es antorcha que los abismos ilumina. Ferrari piensa, y cree, y duda, y ama, y espera, y llora, y rie; que no de otra suerte podría ser gran poeta en un siglo que tiene conciencia de su vida, y no desprecia ninguno de los elementos que la constituyen.

Y me refiero ya concretamente, que buena hora es, al poema de Emilio Ferrari.

Fugitivo lleva por título el canto primero. Aquel humilde monje, cuyos libros habían despertado ya en todo el mundo la aurora de una nueva ley; cuya palabra era escuchada por los hombres de todos los lugares, que ansiosos acudían a recogerla; cuyo corazón más que ninguno había sentido la desgracia, porque más que ninguno había amado; Abelardo, en fin, se mira anatematizado por la Iglesia, perseguido por el fanatismo, alejado de su compañera en la vida. Y cuando en la hoguera donde sus libros se arrojaron, se quiso como hacer auto de fe con su conciencia; y cuando al aventar las cenizas de sus escritos, se pretendió dispersar hasta perderlas las ideas que en su cerebro encerraba, y que al cabo exparcieron por todo el mundo, sobre terreno fértil y bien dispuesto, germen poderoso de una vida nueva; entonces, vagando sin tino entre sus recuerdos y sus esperanzas, asombrado del mundo que le rodeaba, afanándose aún por encontrar la entrada de otro mundo hospitalario que sólo podía hallar en sí mismo, se halla Abelardo sin rumbo en su camino, amenazado por las altas cumbres de los Alpes, que parecían ir a desplomarse para hundirle al abismo de la vergüenza y de la muerte. Y en el momento en que, agravando las angustias de aquel alma, la noche trae su manto de tinieblas y el héroe llega a pensar amedrentado:

¡Qué negras cosas brotarán, Dios mío,
del choque de la sombra y la tristeza!

oye, como último consuelo, la voz de una campana que le llama a la abadía, de donde ya nunca salió.

Aquel banco mal labrado en piedra, sostenido a un tiempo por firmes estacas y por débiles trepadoras silvestres, protegido por la cariñosa sombra de alto sauce; aquel rincón que todavía visita el curioso, doado dentro de su mismo retiro, aún se aislaba más Abelardo para elevar su alma a Dios curándola de las heridas del mundo, es el lugar donde Ferrari coloca la escena de todo el segundo canto, y que hermosamente supo describir.

La voz de una pasión, tanto más grande cuanto más comprimida, cuenta uno por uno los recuerdos del placer, y parece como que las recientes llagas del corazón se abren para recibir las dulzuras de aquellas memorias, y se enconan cuando en ellas cae el que debía de ser manantial de consuelo. Allí, aquellos dulcísimos instantes de amor, sin celos ni inquietudes, sin recuerdos del pasado ni aguijones del porvenir, como si ellos solos encerrasen toda la gloria; allí, los tormentos con que toma venganza el mundo de las veleidades de la dicha, castigando el amor a Eloisa y el amor a la verdad; allí, alzándose airada la corpulenta figura del fanatismo, que a todo lugar llega, que toda forma reviste, que todo ídolo engrandece, y niega toda verdad y esteriliza toda virtud; allí, animada con el ronco estrépito del combate, con los siniestros fulgores del incendio que devasta y la brillante claridad de la antorcha que ilumina, con la humillación del débil y la soberbia del fuerte, se ve la lucha constante y gigantesca en que, durante toda su vida, hubo Abelardo de educar su espíritu. Y cuando la memoria, con esa infatigable tenacidad del que martiriza, finge el momento en que vestido el templo de gala, y las almas vestidas de luto, Eloisa se prosterna ante el altar a los pies de su mismo amante, para ofrecer a Dios eternos votos y sepultarse en vida; ¡ah! entonces hace Ferrari que las luces oscilen y se retuerzan sobre sus mecheros como temblando de pesar, y chiporroteen y giman de dolor; y nos hace contar los latidos con que los corazones de Abelardo y Eloisa aporreaban el pecho; y nos hace seguir en todos sus giros las sombras que por aquellos cerebros pasaban; y nos hace, en fin, sentir y pensar como los desdichados amantes sintieron y pensaron.

No es posible imaginar más energía y más delicadeza al mismo tiempo, más luz y más verdad, más galanura y más animación siempre, que las que se hallan en este canto, donde el autor encierra con singular acierto el drama hermoso é interesante que constituye la vida entera de su héroe.

Una confesión con que Abelardo se despide de su abad y de los hombres, llena las estrofas del tercer canto, quizá aún más inspirado que los anteriores. Habla el espíritu del justo que ya quiere batir el ala hacia la patria que abandonó, y habla el alma fuerte que arroja en el mundo como sudario para su cuerpo y recuerdo de su nombre, aquellas convicciones siempre combatidas y nunca desarraigadas, aquella profecía del futuro progreso, aquel rayo de luz robado al sol del porvenir, y el poema hermoso de su pasión, y la tragedia horrible de su martirio.

Hay, pues, en esta parte, otra síntesis brillantísima de la filosofía que predicaba aquel gigante, precursor de nuestra edad.

Tal es, en suma, la disposición y el carácter, a la verdad expuestos con harta torpeza, del poema que Emilio Ferrari acaba de leer en el Ateneo, y del cual copio a continuación algunas estrofas escogidas, aunque confieso que no acierto con la elección, pues la hermosísima pintura de la Primavera, al comienzo del primer canto; la descripción de la figura de Abelardo, gigante con su fe y agobiado por sus dolores; los tercetos del canto segundo, donde se describe, ya el jardín de la abadía, ya el templo y la ceremonia de la profesión de Eloisa; aquellos otros en que su amante repasa todo el drama de su vida; las octavas que parecen encerrar como profesión de fe hecha junto al sepulcro, ó las últimas, notabilísimas, en que se pinta el tránsito del alma; la apasionada carta de Eloisa, llena de sentimiento, oportunamente intercalada en el tercer canto, y verdadero modelo de poesía lírica; todo, todo acude a la pluma, disputándose derecho de prelación, en cuanto al papel se quiere traer un sólo verso del poema.

CANTO PRIMERO

FUGITIVO

Abelardo

Era un humilde monje. Su figura,
ceñida del sayal benedictino,
aún mostraba la fuerza y apostura
de la viril edad; más todo en ella
notar dejaba la reciente huella

de un combate mortal con el Destino. Se descubría el interior estrago de una inmensa catástrofe en su vida; había allí, como en reflejo vago, yo no sé qué de majestad caída. Aquel noble y enérgico semblante donde una nube de tenaz tristeza del géneo ahogaba la expresión radiante; aquella hermosa, escultural cabeza de la cual se dijera que acababa una corona de rodar, hundida entre el toscó buriel de la capucha; todo, el trágico duelo publicaba de un grandioso poder desvanecido: ¡era Jacob, tras formidable lucha, en su camino de Canaán vencido!

Pintura de la primavera

El día estaba al declinar; un día en que sus galas desplegaba todas el espléndido Mayo, y parecía levantarse á la fiesta de sus bodas feliz la creación. Era una orgía de rayos, de perfumes, de colores, una explosión de céspedes y flores; una embriaguez universal, y en ellas, vida la luz, la atmósfera centellas, risas las áuras, himnos los rumores.

La sávia nueva que vivaz palpita sus cauces inundando á borbotones con el rápido ritmo con que agita la fiebre el corazón, verdes festones cuelga en los troncos; las tempranas yemas, los brotes hincha, traspirando aromas, y abre del árbol la corteza ruda que por sus poros desiguales suda en gotas de ambar, transparentes gomas. Al sol, de entre la hierba, cada ruido de cercano pisar levanta y mueve nube de insectos que al huir esquivan, alzando su monótono zumbido, vuela á posarse en remolino leve, cerca otra vez, cual polvareda viva. El rústico tapiz que en los boscajes con sus viciosas ramas han tejido lianas y yedras, musgos y follajes, cuajado está de crias, que gozosas entre las pajas bullen y aletean, en torno de las cuales, afanosas, las madres sin cesar revolotean. rozando alguna, en su aturrido vuelo, aquella red por donde asoma el cielo como á través de enrarecidas brumas, y que al choque fugaz, deja en el suelo una lluvia caer de hojas y plumas. Y un aire virginal, como el que de Eva con tibio soplo acarició la frente en las auroras del Edén, al alma sueños infunde y languideces lleva; y el voluptuoso respirar se siente con que la vida, que circula en calma, el universo en su pulmón renueva; y en cascadas de luz, resplandeciente, desde los cielos se derrama el día, bruñendo alegre los lujosos campos, ó jugando en las hojas de la umbria donde se cierne en destejidos lampos. Y mientras rota la neblina huye, y la nieve en las cimas congelada, en globos de oro se deshace y fluye, la tierra por el sol acariciada sacude, al cabo, el invernal reposo, como al calor de un ósculo amoroso, la esposa, entre azorada y placentera, tras la noche nupcial, por vez primera despierta en brazos del amante esposo.

El anatema contra Abelardo

Todavía estar viendo me parece delante, aquella rígida asamblea y, á mi pesar, su imagen me estremece. Ancha la nave bizantina, el muro desde las cimbras, de tísú colgado con pompa deslumbrante, aunque severa; de los blandones en el bronce oscuro la cera ardiendo, el crucifijo á un lado, dentro los Padres del Concilio, y fuera el pueblo ante las puertas agolpado. Intento hablar; pero en el aire truena de Bernardo la voz que ahoga la mía, é inexorable, sin oír condena; inútilmente ya silencio imploro entre un hostil rumor que el templo llena; por todas partes aunque rujo y lloro, «¡la abjuración, la abjuración!» resuena. Y arde una hoguera ante mis ojos luego, y asen mi brazo, que resiste en vano, y á viva fuerza, por mi propia mano, mis libros me hacen entregar al fuego; el cual, mientras las hojas carboniza que chirriando conviértense en ceniza,

me envuelve todo en resplandor tan vivo, que mi semblante livido colora y el llanto en mis mejillas evapora, mi flaqueza ocultando compasivo. Cruzo despues la muchedumbre hirviente, que alza á mi paso un sordo clamoreo de injurias y amenazas insolente; la puerta gano como infame reo, lúgubre el gesto, desgarrado el traje, el rostro por el humo ennegrecido, marca irrisoria del sangriento ultraje; y héme aquí sólo, errante, perseguido lejos de un dulce hogar que se desploma, justicia yendo á demandar á Roma, humillado tal vez, nunca vencido!

CANTO SEGUNDO

EL DRAMA

Profesion de Eloisa

Ya todo prevenido al holocausto, resplandece el altar como una hoguera, respira el templo religioso fausto.

A un lado y otro, en silenciosa hilera, están las santas vírgenes postradas, con largos cirios de amarilla cera;

de sus cadenas de metal colgadas, en los cruceros á compás oscilan las refulgentes lámparas sagradas,

que, cada vez que ante su luz desfilan, en las casullas recamadas de oro con tembloroso chispear rutilan;

los retablos del ábside y el coro ramos abruman de sencillas rosas, de aquellos campos germinal tesoro;

pisanse sólo hierbas olorosas que el aire impregnan de perfume suave, desparramadas en las anchas losas,

y entre el murmullo de los rezos grave, la multitud de la cercana aldea, que va llenando la espaciosa nave

en sus ámbitos bulle y se codea, con el vaivén, la ondulacion y el ruido del inquieto oleaje en la marea.

¿Cuándo el humano sufrimiento ha sido nunca arrastrado en tan penosa vía, ni á tan tremenda prueba sometido?

Yo, yo los votos recibir debía de aquella boca, en que de amor profano tiernas palabras escuchar solía;

velar las gracias que adoré liviano, cortar los rizos que, jugando en ellos, mil y mil veces enredé en mi mano.

La ceremonia comenzó. Los bellos ojos en tierra, la actitud sumisa, sueltos sobre la espalda los cabellos,

hacia el altar se adelantó Eloisa, igual á una de aquellas esculturas, que hubiera abandonado su repisa;

ciñendo las nupciales vestiduras, galas que apenas marchitó el delirio de ardientes, pero efímeras venturas,

y sonriendo al próximo martirio, con el cirio en la diestra vacilante, y el dulce rostro del color del cirio.

Hay un instante de emoción, instante cuyo silencio, precursor del drama, sólo interrumpen con rumor constante,

el hueco bronce que en los aires clama y el áspero chirrido que producen las mechas retorciéndose en la llama.

Luego, un preludio con temor balbucen los suaves y acordados instrumentos que la armonía celestial traducen;

Cesan los cantos. La emoción interna, mal sofocada en sollozar doliente, la novicia á mis plantas se prosterna,

al son del hierro que chocar se siente, de sus cabellos la gentil corona cae arrancada de su triste frente;

muerta ya para el mundo que abandona, mientras tendida entre blandones yace, sobre ella un salmo funeral se entona;

con sorda voz que en llanto se deshace, pronuncia el voto, que la suerte aciaga, no la ingénuo piedad, quiere que abrace;

y cuando el eco de su voz se apaga, el coro, con acentos de alegría, prorrumpe en himno que en los aires vaga;

del órgano la ronca tubería despide en ritmo tumultuoso y vario, un huracán de trémula armonía,

á la par que delante del santuario blanca nube olorosa se acumula, al oscilar del fúlgido incensario,

cuya humareda, que movable ondula, espárcese al aliento del gentío y á los reflejos de la luz se azulá.

Yerto, convulso, en congojoso y frío sudor bañado el rostro; la mirada fija con la expresión del desvario,

yo no veía ni escuchaba nada, dejando de otro tiempo los sucesos agolparse á mi mente trastornada.

¡Ay! A estos cuadros en el alma impresos, sentí el dolor de la infinita ausencia cuajar mi sangre y penetrar mis huesos;

sentí que algo moría en mi conciencia, y con nervioso movimiento rudo los brazos extendiendo en mi demencia,

quise gritar; pero la voz no pudo salir de mi garganta, y en las losas me desplomé petrificado y mudo.

Y cercada de humildes religiosas, ví á Eloisa alejarse por el coro al son de las antifonas piadosas;

y á mi su vista, que nublaba el lloro, del claustro el muro al transponer incierta, volvió como diciéndome: «¿aún te adoro!»

Y cual la losa de la tumba abierta, tras de sus pasos, para siempre ¡oh cielo! con sordo golpe se cerró la puerta.

CANTO TERCERO

TRÁNSITO

Confesion de Abelardo

»Se acerca el tiempo. ¿Percibís debajo de vuestros piés el hervoroso ruido con que un sordo y volcánico trabajo sacude el suelo, en torno removido? Es el ¡ay! que retumba por lo bajo cada vez que, en la angustia concebido, de una nueva verdad, de una fé nueva, la historia el feto en sus entrañas lleva.

Aunque mireis que entre pavor y asombros la humanidad despéñase sin guía; aunque sintáis que el mundo, de los hombres del decrepito Atlante se desvía; aunque polvo de ruinas y de escombros las sendas borre y oscurezca el día, ¿ya antes no visteis, al esfuerzo humano riesgos y sombras oponerse en vano?

»No, no temáis. Cuando inocente y rudo, el primer hombre por la vez primera, con la ansiedad del sobresalto mudo, huir el sol del horizonte viera, quizá juzgar, en su ignorancia, pudo perdurables las sombras de la esfera, el nécio miedo y el pueril coraje yendo á ocultar en su cubil salvaje

»Mas luego que hecho á la feliz costumbre, día tras día contemplara, atento, del astro de oro la inmutable lumbré girar en derredor del firmamento, al verla hundirse tras la enhiesta cumbre, ¡con cuanta convicción, con qué contento, mostrando un punto en la extensión lejana, allí—diría—volverás mañana!

»Siglo de errores, que en tu doble oficio, feudal señor y penitente austero, con una mano ciñes el cilicio y con otra revuelves el acero; en tanto que en el bélico ejercicio bárbaro cobras el botín guerrero, ó haces al siervo, bajo el férreo puño, regar con sangre el áspero terruño;

mientras hundiendo la sagaz mirada dentro de la razón, siempre intranquila, sujetas la conciencia amedrentada, que entre tu dogma y tu tizon vacila; mientras la estatua por tu Dios labrada, tu fanatismo sin piedad mutila, mientras te embriagas en el torpe lecho, llamando está á tus puertas el Derecho.

»Ved. Estos son los esperados días, aquellos grandes días genesíacos, en que bajan del cielo los Mesías y brotan del dolor los Espartacos; doquiera las gozosas profecías se mezclan con lamentos elegíacos, y desgarrados los nocturnos velos, dora la luz del porvenir los cielos.

»Ya el siervo vil, que de ignominias tantas la acerba hiel en su infortunio prueba, álzase, sacudiendo de sus plantas

el vergonzoso polvo de la gleba.
Para luchar por sus fraquicias santas,
picas hará del hierro de la esteva,
y opondrá contra el déspota orgulloso,
muro en la valla, y en el surco foso.

»Cuando á rebato la campana suena
de la ancha plaza en la cuadrada torre,
la muchedumbre que los campos llena
corre al Concejo, ó á las armas corre;
se refugia el señor tras de la almena,
un sordo grito la ciudad recorre,
y del castillo, al formidable empuje,
la hendida mole retemblando cruje.

»El ascético cuerpo demacrado
de un mundo que á la muerte se sentencia,
sobre yerta ceniza arrodillado
en rígida y estéril penitencia,
sienta en su corazón resucitado
el fecundo calor de la existencia,
y ame otra vez en la hermosura humana
la irradiación del alma soberana.

«No: no es el cuerpo miserable andrajo
que damos á la muerte por rescate;
es más bien, la herramienta de trabajo,
es más bien, la armadura de combate.
Luche en ella, Señor, luche aquí abajo
el alma con la culpa que la abate,
y refulgente con su misma gloria,
desciñala á tus piés, tras la victoria.»

Carta de Eloisa

¿Con qué nombre llamaré
de cuantos tienes para mí, bien mío,
y que muéveme á darte
el deber, de una parte,
y de otra, el corazón y el albedrío?

Déjame que el de esposo,
siempre el de esposo á los demás prefiera;
él es el más hermoso,
y el de un tiempo dichoso
que en vano ¡oh cielos! olvidar quisiera.

Porque mira, Abelardo,
si seré desdichada y miserable,
que aún me retuerzo y ardo
en la pasión que guardo,
más tentadora cuanto más culpable.

Comprendo, ya lo viste,
hasta el remordimiento de quererte;
pero el olvido... ¡hay triste!
si es cierto que eso existe,
será otro nombre que tendrá la muerte.

Perdon, perdon si cedo
al indómito afán con que batallo;
ya más callar no puedo,
y tengo miedo, miedo
de que reviente el corazón si callo.

Quiero agitar la escoria
de estos delirios que, aún distante, halagas;
y decir tu victoria,
y besar tu memoria
con los abiertos labios de mis llagas.

Que no corran ordena,
y verás cómo forman, sin remedio,
sufriendo su cadena,
la herida, la gangrena,
la charca el limo, y la conciencia el tédio.

Tras de los hierros duros
á que unos votos péfidos me ligan,
entre estos viejos muros
y estos claustros oscuros,
los mil recuerdos del ayer me hostigan.

¡Ay mi dicha pasada!
¡ay mi edad juvenil y mi hermosura!
¡ay mi alegre morada
por el Sena bañada
y oculta como un nido en la espesura!

¿Te acuerdas? Tú delante
llegabas de mi reja, y yo, que dentro
te aguardaba anhelante,
corría en el instante
apresurada y trémula á tu encuentro.

Las manos se enlazaban
por febril emoción estremecidas;
los labios se buscaban,

y los besos ahogaban
las palabras de amor interrumpidas.

¿Qué citas, no dispuestas
sino paro el deleite y la locura!
¿qué halagos, qué protestas,
qué frases sin respuestas,
y qué abrazos sin término ni hartura!

En el oscuro ambiente
golfos de luz abriáanse risueños;
y en torno á nuestra frente
volaba alegremente
el luminoso enjambre de los sueños.

¿Qué ha sido ¡oh Dios! qué ha sido
de aquellas inefables alegrías?
Mi bien desvanecido,
mi encanto fenecido,
¿qué voy á hacer de mis cansados días?

Sin tí, á quien ciega adora
con insaciable obstinación el alma,
¿qué voy á hacer yo ahora
del gozo de la aurora
y del misterio de la noche en calma?

Sin tí, ¿para qué el canto
del ruiseñor, y el céfiro, y la nube?
Sin tí, ¿qué haré del llanto,
si brota en mi quebranto?
¿qué haré del beso si á los labios sube?

Muertos nuestros amores,
¿será verdad que, como siempre bellas,
seguirá habiendo flores
por Mayo en los alcores,
y brillando en el Cielo las estrellas?

Muerte de Abelardo.

«¡Esposa de mi amor, madre del hijo
que no veré ya más! — en infinita
ternura el alma rebosando, dijo;—
¡bendita seas del Señor, bendita
tú que en mí siempre el pensamiento fijo,
en esta carta con tu sangre escrita,
presa de borrascosas inquietudes,
á cerrarme los párpados acudes!

Arrodillada en la escondida fosa
do yacerán bajo silvestres flores,
á la luz del crepúsculo dudosa
y al rumor de los sáuces tembladores,
lamentando mi suerte dolorosa,
acuérdate de mí, mas no me llores:
aún con todo su horror y su inelencencia,
¿qué añadirá la muerte á nuestra ausencia?

Y sin poder seguir, á cada instante,
la voz más ronca, entrecortada y dura,
más descompuesto y lívido el semblante,
más intensa y voraz la calentura,
se desplomó en el lecho, palpitante
bajo el abrazo de la larva oscura,
y se trabó en la sombra esa porfia
lúgubre y espectral de la agonía.

¿Qué es lo que entonces pasa? ¿Qué escalones
el alma á oscuras con pavor tantea?
¿Qué círculos de bruma, qué regiones
de hondo misterio atónita pasea?
¿Por qué vertiginosas gradaciones
de espiral que en lo incógnito serpea,
por qué puentes formados de un cabello
cruza el abismo con su fardo al cuello?

¿Qué es lo que aquellos ojos asombrados
miran fosforescer en el vacío,
objetos de contornos dislocados,
cosas hechas de niebla y desvarío?
Esperanzas futuras, ó pasados
remordimientos del ayer sombrío,
¿qué es lo que entonces ven sin comprenderlo,
que así se cierran para siempre al verlo?

Cuando la aurora con su albor teñía
los indecisos términos de Oriente,
se cavaba una huesa en la abadía,
al tenue rayo de la luz naciente;
y la campana que á Abelardo un día
condujo á aquel asilo penitente,
fiel á su amor, ante el sepulcro abierto,
doblando triste, le lloraba muerto.

En conclusión, y para hablar de esta lectura en el Ateneo, sería necesario dar á conocer la personalidad de Ferrari, y producir ecos de aquella voz llena de armonía, flexible para todos los tonos, dócil á todos los movimientos del ánimo, persuasiva cuando habla á la inteligencia, sentida cuando se dirige á los corazones, vigorosa siempre. Ferrari lee de una manera magistral é inimita-

ble, sin duda para hacer honor al aforismo que él predica, de que «cada autor lee como escribe».

ANTONIO AGUILAR.

EL JUEVES SANTO DE 1812

EN LA CIUDAD DE CARACAS

De un año á esta parte se repiten los temblores de tierra en varios puntos de la Península. En tiempos antiguos la tierra más casiada por estos fenómenos, aún no explicados suficientemente por la ciencia, era la de Portugal. Los terremotos de Lisboa han dejado historias y leyendas terribles, que colocan á la bella capital del Tajo, en el rango prestigioso de aquellas grandiosas metrópolis antiguas, consideradas como con celo y envidia por el celeste emperio y visitadas con rigor por la cólera de lo alto, como Nínive, Babilonia, Hecatompilos, Pentápolis y varias otras ciudades-sagradas del Oriente.

Los terremotos de Lisboa y los de varios puntos de América, siempre calenturienta y volcánica, dieron origen, además, á estudios serios, á elucubraciones sombrías ó filosofías desesperadas sobre las leyes ciegas de la Naturaleza; cuyos ensayos sobre una manera nueva de concebir la creación en sus relaciones con el mundo moral, han dado á su vez origen á las ciencias modernas, encauzadas en direcciones más racionales y conducentes al progreso de los conocimientos humanos.

Ahora los cataclismos que aterran más á los mortales se extreman preferentemente en las comarcas españolas, olvidando el Portugal, antiguo teatro de sus pavorosas tragedias. Las inundaciones de Murcia, de Sevilla y de otras provincias, á cuyas historias lastimosísimas se pueden adicionar como capítulos análogos, los incomparables huracanes de la Habana, los terremotos del departamento oriental de Cuba y los no menos formidables de Manila, son los fenómenos apocalípticos que más páginas han dado á la historia de las horrendas vicisitudes y fatalidades del globo en el siglo del progreso. Sin que esto sea olvidar los recientes terremotos de Turquía, de Ischia y de Java.

A muchísimas personas de las que han presenciado y participado de estos terrores, desde el último Noviembre en Sevilla, en Huelva, y hace pocos días en Alicante, no era lo que menos impresionaba la intervención de las iglesias y sus torres y sus imágenes para acentuar el lado más siniestro y misterioso de la súbita desventura. Algunos crucifijos se habían descajado de sus cruces, y algunas dolorosas, cayendo de sus nichos, habían ahincado en el mármol de las baldosas las espadas simbólicas de sus pechos, como para ahondárselas más y acabar con su agonía. Las campanas de ciertas iglesias, como la de la Concepción de Huelva, vibraron tímidamente, exhalaban quejidos premiosos, pero, por lo mismo, de una manera más lúgubre, porque nada aterrará tanto como el *sotto-voce* en instrumentos ó en torrentes destinados á clamorear con estrépitos avasalladores. El rumor del Rheinfal, percibido desde Undelfingen en el cantón de Zurich, como á cuatro leguas de distancia en medio del silencio de la noche, deja oír frases fantásticas, avisos solemnes, como en una lengua antigua, sagrada, que no ha debido olvidarse, sobre todo en espíritus que sólo son meticulosos para los recuerdos de su historia, tradicionales. Las alucinaciones de la vista no son tan caprichosas é imponentes como las del oído en comarcas en donde los ecos, los senos concavados de abismos y bosques poseen músicas exclusivamente suyas, incommunicables.

Pero no es en las regiones norte-polares, ni en los pueblos de las zonas templadas, en donde impera más el predominio de lo sobrenatural sobre las inteligencias, combinándose con los fenómenos variados y siempre nuevos, nunca con igual aspecto é idénticas circunstancias repetidas, que modifican la atmósfera y el suelo en todas partes; no es allí en donde los prodigios del misterio producen más intensa y duradera impresión. Lo templado de la zona comunica también algo de su templanza y suavidad á los mismos fenómenos extraordinarios que la visitan. En las regiones intertropicales, en donde los cataclismos extreman y multiplican los lados siniestros de sus apariciones.

En donde las reverberaciones de la vida no conocen desmayos; en donde las noches son ausencias momentáneas del día, y no muertes del sol; en donde lo ordinario es el milagro gozoso y pacífico, el menor asomo de la muerte que no traiga rumbo, y si estela de sombra, causa terrores y ruinas incalculables en un sól segundo. En aquella vida sólo existe en todo la sensibilidad de las pupilas; y basta una paja imperceptible, para que un millón de ojos y de astros se cierren allí y se deshagan en torrentes destructores de lágrimas.

En tierras ó cielos tan impresionables, las coincidencias de los misterios religiosos con los misterios naturales, son numerosísimas y de incalculable trascendencia. En Cuba, por ejemplo, no hay crucifijo de familia que no tenga milagros que contar. Toda efigie

de esta clase, ya haya salido de los colmillos de un elefante ó del corazón de un cedro, participa de la eterna blecopira que afecta á los engendrados y nacidos en aquellas siestas y noches candentes.

Plántese en cualquier vereda ó en cualquier encrucijada de las que consienten aquellos exuberantes bosques, una cruz de madera seca, y, aunque sea para señalar el sitio en que fué asesinado un hombre, luego, sin tardanza de meses, los árboles circunvecinos enviarán lianas á decorar los descarnados brazos, y el río despedirá de sí un arroyo ó varios, regocijados meandros, en curvas y zarameles reverentes, á prestar raíces y sávia á la cruz y transfigurarla en árbol nuevo.

Así como en algunas córtes de Europa se cree en la muerte de Cristo el día de Jueves Santo, perdonando la vida á dos ó tres reos de muerte, en nuestras islas tropicales no se celebra la mañana de la resurrección sin levantar á muchos Lázaros del sepulcro. Lástima que la mayor parte de estos Lázaros vengán luego á propagar su lepra, ya obrada por el milagro en tierras áridas españolas.

Pocas leyendas relativas á este panteísmo, sostenido estrechamente por la naturaleza ecuatorial con las creencias y prácticas religiosas que á aquellos países se llevaron; nos darán tan cabal convencimiento de lo que hemos apuntado, como el recuerdo del terremoto de Caracas, la espléndida capital de Venezuela, el 26 de Marzo de 1812. Era Jueves Santo, y ningún pueblo, entre los más devotos y fervientes de la América Española, celebraba el culto de Semana Santa con más decididas conversiones á la vida de la fé.

Voy á escribir una noticia de aquel acontecimiento, procurando asimilarle la tristeza de mi padre cuando me la relataba, señalándome ruinas de las muchas casas y templos que allí edificaron sus mayores, y procuraré trazarla también con la brevedad con que otro testigo presencial del conflicto, el barón de Humboldt, perpetuó su recuerdo en una página de sus viajes: *Dus Erdbeben von Caracas*.

Desde principios de 1811 hasta mediados de 1812, el corazón de América aceleró sus latidos, y no parecía sino que los tormentos de un Prometeo en los Andes había llegado á conmover las arterias del Cotopaxí, del Tunguragua y del Popocatepec. Una vastísima extensión de tierra limitada por el meridiano de las islas Azores, por el inmenso valle del Ohio, por las cordilleras sin fin de Nueva-Granada, por las costas inmensurables de Venezuela, por los numerosos volcanes de las Antillas Mayores y Menores, fué sacudida á la vez, un día tras otro, por largo espacio de tiempo, sin que la causa de aquel temblor continuo se atribuyera á otra cosa, en las explicaciones de los sábios de entonces, sino al flujo y reflujo de un Océano de fuego en las entrañas de nuestro planeta.

El que se sintió en Caracas, en las Navidades de 1811, fué como el nacimiento allí de la gran novedad de que hasta entonces no se había apercibido. Ignoraban todos en Costafirme las conmociones que antes y por muchos meses habían estado experimentando los montes lejanos del Nuevo-Mundo, de un lado el volcan de la isla de San Vicente, y del otro la dilatadísima cuenca del Missisipi, en donde, el 7 y el 8 de Febrero de 1812, la tierra ondulaba día y noche como un mar hirviente. Los terrores por allí trastornaron el cerebro á muchos habitantes de aquel país virgen, y de algunos hicieron apariciones fatídicas que vagaban locamente por la noche, lanzando alaridos presagiosos, como remedo de aquellas hermanas profetisas á quienes se definen de este modo en la tragedia de Macbeth:

..... ¿Quién son esas
Con agostados rostros, que pavesas
Del blandon de la vida las creeria?
.....
También, como el mar, tiene
Su ebullición la tierra. ¡Quizás esos
Serán los borbotones que levanta
Su conmovida faz...!

En aquella época la provincia de Venezuela estaba enferma; grandes é irremediables sequías amarilleaban sus bosques, siempre verdes, y obligaban á sus ríos á escoderse bajo impuros légamos de fétidas emanaciones. Aquel ponderado paraíso estaba postrado con el vómito negro incurable. En el largo trascurso de medio año, cosa inaudita en la América del Sur, no había caído una gota de lluvia, ni en la populosa ciudad de Caracas, ni en doce leguas á la redonda.

Llegó el 26 de Marzo. La aurora sonrió como nunca. En las casas se preparaban los vestidos y las alhajas para los niños que habían estado enfermos y que habían hecho la promesa de, si sanaban (como, en efecto, habían sanado), asistir al entierro del Señor el Viernes Santo, representando á algunos de los personajes que figuraron en la Sagrada Pasión. Las dolorosas se probaban sus espadas, las Solidades admiraban el rico pañuelo que habían de llevar en las palmas de ambas manos, junto al pecho, copiando escrupulosamente esta actitud amanerada de una imagen de talla bizantina.

Los Ecce-Homos de ocho años, se hacían atar las manos con cordones ó cíngulos de oro, y ensayaban el

modo de llevar delicadamente entre dos dedos la caña irrisoria, pero de plata esmaltada. Las Verónicas se ensayaban para la escena tiernísima del lenzuelo, recogiendo el sudor de la cansada victima. Los Apóstoles se ajustaban sandalias de raso colorado con franjas tibiales, adornadas de gusanillo de oro y chispas de diamantes, para asistir á la ceremonia del lavatorio y consentir que el sacerdote les lavara los piecitos de jazmin. Y otros, hebreos de puro cristianos, lloraban por figurar de algun modo en los pasos procesionales de las festividades de Jueves, Viernes y Sábado Santo.

El resto del día fué extraordinariamente caluroso. Hay una montaña cerca de la gran ciudad, que parece protegerla. Su aspecto, al menos á los ojos del barón de Humboldt, es el de una silla salomónica gigantesca. Este sabio naturalista, que había excavado parte de aquel terreno, aseguraba que escondía riquísimos venenos, y llama en sus apuntes á dicho monte, «silla de oro y piedras preciosas.» Y el 26 de Marzo repetía, quejándose del calor:—«Parece que el Sol de Justicia ha bajado á sentarse á lo Salomon en el más lindo trono que le ofrece la tierra americana.»

El azul del Cielo era profundo y estaba en profundo olvido de las nubes y de las tempestades. Las tres cuartas partes de la población estaban congregadas en las iglesias. Los monumentos obeliscos de ritual eran, si maravillosos en unas, milagrosos en otras. Las Virgenes de los altares lucían los aderezos de preciosa pedrería, de las familias más distinguidas de la población. Allí eran de ver las alhajas históricas, los fermalles de esmeraldas y topacios, los collares de múltiples hilos de perlas, las aforcas de varias formas, los zafiros pingantes en aretes complicados, los brazaletes de cincuenta mil pesos, los solitarios de dos millones de reales de plata; y los corazones de filigrana hechos por indios del Perú, mientras lloraban la pérdida de su independencia.

Nada, nada—repite Humboldt,—nada parecía anunciar á los caraqueños las calamidades de aquel Santo día; nada temer la intervención repentina de la fatalidad.

«¿Pero qué es el acaso, qué es la fatalidad? pregunta Schiller. — No es más que la cantera que poco á poco, en edificios ó estatuas, va recibiendo forma y vida y racionalidad consciente, de manos del estatuero ó arquitecto universal. El acaso lo suministra la Providencia.»

A las cuatro y media de la tarde, fué que se sintió una extraña ligera conmoción, una inesperada intervención de las cosas inertes en la exaltación de vida que animaba á los fieles en adoración. Algunas antorchas de los altares se cayeron, para que los custodios suspendieran sus éxtasis y fueran á atizarlas ó aliviarlas; algunos cristales se rompieron en las vidrieras de los rosetones, como para animar á los corazones á dejarse herir por el rayo de amor divino. Algunas puertas crujió y giraron sobre sus goznes por sí solas, como para predicar abrazos de reconciliación. Las lámparas colgantes, como flores ó pensamientos de oro del Cielo, que, dice el americano Longfellow, se columpiaron como agitadas por el aliento de arcángeles juguetones. La cruz, allá en el altar mayor, se inclinó á los fieles como una espiga enseñando su purísimo candeal, como una cepa sacudiendo ante los sedientos su racimo de esmeraldas balsámicas, ó amatistas líquidas de embriagadora pasión. Las campanas, no tocadas por ajena mano, respondieron á las salmodias de los fieles religiosos, como responden las cuerdas de una harpa á la vibración de las cuerdas similares de otra harpa al unísono con ella.

Y aquella ilusión duró siete segundos.

A los siete segundos vino la segunda sacudida, bastante más larga, como de diez á doce segundos, acaso de más; y durante ella, ojos asustados buscaban ojos serenos, labios llenos de místicas sonrisas aún se resistían á cesar de sonreír, y corazones que oraban confiadamente, aún se negaban á suspender el vuelo de sus peregrinas elevaciones.

Este segundo temblor había pasado ya, cuando algunos se atrevieron á decir: Ha pasado el mayor peligro; porque si, amigos míos, es innegable que no ha sido el cielo, ha sido la tierra la que ha temblado.

Pero no bien se había manifestado en los semblantes la calma producida por estas seguridades dadas por los hombres de edad y de experiencia, cuando á modo de réplica iracunda de parte del infierno, se dejaron oír cien rayos, sin relámpagos que los precediera, sin aguacero que los siguiera, con un estampido aterrador, con nada comparable. Era algo más y mucho más plenipotente y plenipotente que los rugidos de cuatro torbellinos contrarios, que viniendo de los cuatro opuestos puntos cardinales, se pusieron en choque sobre un solo grado de la línea ecuatorial. A este crujir espantoso de la máquina universal acompañó por cuatro segundos un movimiento de la tierra, trepidante, de saltos y descensos rápidamente sucesivos, como los que suele hacer un cañáver arrojado al mar, sobre el vaiven de las ondas. Y luego venían sacudidas como de un mundo que se descarga del cielo que le pesa, de un sol que se desintegra de sus rayos luminosos ó de su

calórico insufrible; sacudidas y saltos intermitentes, como de una creación aspirando á la nada, pateando y revolcándose en la inmensidad; oscilaciones en direcciones opuestas, vaiven tan pronto de Norte á Sur, como de Oriente á Occidente. Gigantes ó Demonios invisibles estaban haciendo con la tierra para desencajarla de sus cimientos, lo que numeroso grupo de Hércules hacían con una encina de bosque virgen para desencajarla de su alvéolo, para desprender su raigambre del suelo que la mantenía magestuosamente recta.

Nada podía resistir á aquel sacudimiento inexplicable de abajo arriba, de izquierda á derecha, de rabia centrípeta de menosprecio centrífugo, ni aquella locura de féndulo que en circular arrebatado cruza sus trayectoria de un segundo con las del segundo siguiente.

La capital de Venezuela saltó y cayó en polvo sobre una circunferencia de muchas leguas. Infinidad de habitantes, más de doce mil, acaso, desaparecieron bajo las ruinas de iglesias, palacios, cuarteles, hospitales y moradas de humilde apariencia.

El mal satánico se presentó en el momento en que debía salir de la catedral una procesion. La procesion fué hácia el abismo. Cuatro mil personas se hundieron empujadas por las cúpulas que parecían volverse del revés, cambiando en convexidades dilatadas sus concavadas dilataciones, y por las altas torres que se doblaban como cirios de cera reblandecida.

La explosion fué más fuerte del lado del Norte, por donde se extendía, de una manera más libre y desahogada, la parte de la ciudad que iba acercando sus construcciones en anchas vías ascendentes al Tabor llamado de Avila y á la grandiosa Silla de Oro y preciosidades salomónicas. Las iglesias de La Trinidad y Alta-Gracia, que tenían ciento sesenta piés de elevación, y cuyas espaciosas naves estaban sostenidas por columnas de doce y quince piés de espesor, se redujeron á ruinas, cuyos escombros apenas se elevaban á quince piés sobre el nivel de las plazas que las circundaban.

Aquella pasmosa reducción de escombros fué tan considerable y tan sin explicación, que pocos meses despues de la catástrofe no se distinguían ni los menores vestigios de aquellos bóvedas soberbias y de aquellas columnatas destinadas á desafiar los siglos. No parecía sino que los grandes monumentos de Caracas, en vez de caer en los abismos que la tierra abría á sus piés, habían sido más bien arrebatados por los aires y lanzados á mares desconocidos.

El cuartel de San Carlos desapareció de este modo. Dos regimientos de infantería que estaban allí armados, y en traje de gala, dispuestos á salir de un momento á otro para ir á custodiar la procesion, desaparecieron bajo las moles de piedra del edificio, que se había convertido en empedrado de una plaza extensísima. Un sepulcro ciclópeo, egipcio, construido y ocupado por sus muertos en un segundo. Para colmo de admiración, sólo un hombre escapó de aquel entierro. Y se le vió de pié, estático, sin habla, convertido en estatua del terror, por espacio de dos horas sobre el zócalo de una columna. Vivió años despues; pero no volvió á hablar nunca. Las nueve décimas partes de la hermosa ciudad de Caracas, emporio de la América del Sur, quedaron reducidas á la nada de un inmenso cementerio. Las casas que no vinieron abajo en los momentos de la explosion, iban cayendo despues una tras otra con intervalos de cinco ó diez minutos, y remediando en el ruido de la caída los disparos de artillería que, á intervalos iguales, se hacen en las plazas fuertes por la muerte de algun magnate coronado. Las que no cayeron, quedáronse tan agrietadas y con inclinaciones tan amenazadoras, que ninguno de los supervivientes osaba proponer á los enfermos que se guareciesen en ellas.

Fijando en doce mil el número de las personas que perecieron en los primeros momentos, no será exagerado elevar á ocho mil el de aquellos que habían sido lesionados é iban sucumbiendo sucesivamente, uno y otro día por grupos de cientos, hasta tres meses despues, faltos de cuidados, de alimentos, de albergue, de razon, de instintos; huérfanos de toda misericordia.

La espesísima nube de polvo candente que se alzó sobre los escombros, oscureciendo y espesando la atmósfera de las cuatro de la tarde, poco antes diáfana y gloriosa de luz, sólo cayó del todo á la aparición de la noche. Ninguna otra sacudida volvió á sentirse entonces. El aire se trasparenteó como nunca. Ninguna noche había parecido en aquel Cielo más azul, ni más rica de luceros centellantes. La luna llena jugueteaba con nubecillas blancas y aligeras, y sus vivos resplandores franjeaban con relámpagos de plata los contornos de la Silla. El aspecto divino del Cielo contrastaba dolorosamente con el de la tierra en desolación, sembrada de ruinas y cadáveres. Veíanse por todas partes madres gemebundas, y dejando oír carcajadas histéricas, levantando en sus brazos hijos muertos, que ellas fuera de sí creían solamente moribundos y acobardados. Y les hablaban para animarlos, y les sonreían ó les reñían diciéndoles:—Ya pasó lo peor, ya no hay más que temer. La copa de la ira se ha agotado. Nunca pronunciaron labios humanos con más terror los nombres de la Suprema Divinidad. Familias numero-

sas recorrian las calles delirantes, las unas como hu-yendo de las otras, éstas cediendo al contagioso pánico de aquellas, y muchas diseminándose de pronto atraídos sus miembros por diversos objetos que á distancia y en sentidos opuestos simulaban seres humanos, ya el hijo, para unos; ya el padre, para otros; ya los ancianos, ya los niños, ya las esposas, ya los amigos que buscaban lanzando alaridos con nombres mimados y vocablos cariñosos, y á quienes esperaban encontrar todavía entre los grupos de supervivientes.

Todos preferían apiñarse en las calles ya sólo conocidas por los lineamientos de los escombros y las aceras que las contorneaban. Las desgracias que habían enlutado á Lisboa, el siglo pasado, las catástrofes anteriores de Mesina, las que en 1797 y años despues habian sumergido á Lima en los terrores pompeyanos, aglomeraron sus más horribles episodios para afligir á la vez con todos ellos á la ciudad de Caracas.

Los heridos, medio sepultados bajo las ruinas, imploraban á grito herido, cuando con oraciones, cuando con anatemas y conjuros desesperados, el socorro de los que pasaban cerca. Fué posible arrebatar de aquellos suplicios á más de dos mil agonizantes. Nunca se mostró la piedad humana más parecida al cielo de aquella noche; nunca más serena, ni más conmovida, ni más conmovedora en su santo ejercicio; nunca más activa, ni más ingeniosa en su solicitud para dar con los enterrados vivos, mientras se oyeron gemidos de víctimas que podían indicar desde las entrañas de la tierra el punto en que estaban acabando de morir. Y faltaban los útiles más indispensables para las excavaciones, con el cuidado que reclamaban los que gemían dentro y debajo de las ruinas; faltaba lo necesario para registrar los pesadimos escombros, para apuntalar aquí, para evitar un desplome allí, para contener una pared más allá. Había que emplear manos ensangrentadas para quitar á la muerte los restos de un tremendo festín. Algunos se resignaban á perder un brazo para poder alargar el otro al enterrado que se afanaba por surgir á la vida. Algunos ántros no devolvieron sus presas, sino á condicion de cambiarlas por los salvadores y quedarse con éstos entre sus garras ó sus fauces.

Entre los muchos que habían podido salir de los interiores el segundo antes de que éstos desaparecieran, se contaban muchísimos enfermos y baldados, que llevaban años sin haber podido hacer el menor esfuerzo por la vida. Así, el terror que á unos había anonadado, aunque eran éstos los que gozaban de plena salud, fué el que devolvió nuevo vigor y como sobrenatural juventud á los que, según los cálculos humanos, parecían marcados para ser las primeras víctimas. Los escapados del hospital, los heridos y los contrahechos, los varios ejemplares del paralítico de la piscina, que no habían podido correr á su Siloé, por falta de auxilios fraternales, salían ahora de la ciudad para sentarse á orillas de los riachuelos y gozar de la libertad de los campos. Allí no tenían más abrigo que el follaje de los árboles, ni más almohada que la mullida hierba, sobre la cual saltaban las aguas de los arroyos; pero nada de esto les afectaba; las precauciones de enfermos, así como los dolores propios de cada cual, habían sido olvidados y perdidos en el dolor universal del momento. Mas tarde fué que las antiguas dolencias recobraron sus derechos, y entonces se observó que no habían suspendido sus rigores por pocas horas ó por algunos días, sino para caer de nuevo sobre los infelices con aumento de síntomas insoportables. Entonces también cayeron en la cuenta de que todo lo necesario á un alivio les faltaba por completo. Camas, vendas, hilas, las muletas que se creían olvidadas para siempre, y los báculos de los decrepitos, y los instrumentos de cirugía, y los bálsamos y otros medicamentos tan benéficos como costosos, y todo cuanto es de primera necesidad en un conflicto, yacía sepultado bajo las ruinas implacables. Viéronse los infelices desprovistos hasta del alimento más indispensable.

Y para mayor agonía el agua también empezó á faltarle. Varios manantiales que ántes, en los días felices, bajando de saludables fuentes, corrían jugueteando por amenos prados á llevar sus caudales á la capital bulliciosa, ahora habían torcido su curso ó retrocedían y se escondían debajo de tierra para huir de la ciudad maldita. Las trepidaciones del terreno habían roto además los conductos fontanales de mampostería, y el derrumbamiento de algunas colinas habían obstruido los manantiales preciosos.

Luego se hizo urgente la necesidad de llenar un deber para con los muertos, ordenado por la piedad, á la vez que por el temor de una peste que el aire saturado de putrefacción empezaba á anunciar. En la imposibilidad de dar sepultura pronta y conveniente á tantos miles de cadáveres, agotadas las fuerzas de los vivos, se dispusieron comisiones para que aquellos restos se quemaran, mientras los niños y los casi exánimes dormían en sitios apartados, detras de los montículos ó de los basureros de escombros.

Las hogueras se encendieron con restos de las casas queridas, y de muebles que encerraban recuerdos de pasadas venturas; y la tan lúgubre ceremonia duró muchísimos días. En medio de tales y tan multiplica-

das desventuras públicas, el pueblo se entregaba á prácticas religiosas y á rigores de penitencia que creían indispensables para aplacar la cólera celeste. Las pobres mujeres se despojaban de sus lindas cabelleras, y andaban descalzas por encima de guijarros agudos ensangrentándose los delicados piés. Otros se reunían en procesiones y cantaban letanias y plegarias fúnebres; los más en el paroxismo del sufrimiento, ó arrebatados por lastimoso frenesí, hacían en voz alta, estentórea, que despertaba ecos desconocidos en las lejanas cuevas abrigadoras, la confesion de sus más repugnantes pecados; hacían la autopsia de sus propios corazones, en medio de las plazas, corriendo despavoridos por las calles, y algunos clavados en el sitio mismo en que habían consumado hacia treinta ó cuarenta años el hecho execrable. Aconteció en aquella población, durante aquellos días medusianos indescriptibles, lo que ántes se había notado en las catástrofes de las metrópolis del Asia fastuosa, y también luego en Quito el 4 de Febrero de 1797, despues de su memorable terremoto; hubo niños que encontraron un padre, una madre que hasta entónces habían negado todo afecto y cuidado á aquellos pedazos de sus entrañas. Personas consideradas siempre con veneracion, sujetos ejemplares á quienes nadie hubiera creído capaz de hurto, de rapiña, de ningún hecho vergonzoso abominable, prometían en voz alta, delante de todos, justas retribuciones, publicaban sus impurezas más ocultas y reclamaban el odio y la animadversion de sus conciudadanos. Familias desde hacia tiempo enemistadas como en los grandes pueblos belicosos de la Italia de la Edad-Media, se reconciliaban al fin, derramando lágrimas de tierna emocion y por el solo sentimiento sacratísimo de la comun desventura.

Pero si en la mayoría de aquellos infelices, este poderoso sentimiento parecía haber dulcificado los peores instintos y abierto los corazones á la conmiseracion y al respeto á la vida; en no pocos, á la verdad, la desgracia en su incremento produjo efectos contrarios, haciéndolos más duros é inhumanos que en los días sin peligro. Se cumplía la terrible palabra:—«Al que tenga se le aumentará lo que posee; y al que nada posee, aún lo poquísimo que le queda le será quitado.»

Si, en las grandes catástrofes señaladamente, las almas vulgares conservan más bien las fuerzas brutas que las bondades instintivas. Sucede con el infortunio, lo mismo que con las maravillas de la creacion ó del arte: sólo un espíritu recto columbra en estas visitas divinas el rastro luminoso. En el estudio de las letras, de la ciencia, de los misterios de la naturaleza panorámica y fecunda, sólo un reducido número de seres racionales acepta las influencias bienhechoras que centuplican la nobleza de los sentimientos, que determinan más elevacion en las almas, que consagran la dignidad de los caracteres íntegros.

Pero dejemos estas reflexiones, para preguntarnos acongojados ¿por qué, por qué se han de repetir esas catástrofes sorprendentes que acusan la enfermedad de nuestro planeta y la pequeñez de sus habitantes privilegiados, y la perenne infancia á que parece condenada aún nuestra ciencia progresiva? ¿A qué vienen esas irrisiones del destino, esas inconsecuencias de la vida en que fundamos todas nuestras esperanzas? En el momento mismo en que se trazan estas líneas con mano trémula, el telégrafo, esa meninge sutil del cerebro de nuestro mundo; la electricidad, ese astro de otro sistema, de otras alturas, que se deshizo de amor para venir á abrazar á la tierra y vivir con nosotros y de nosotros, de nuestro pensamiento, vida y alma, está hablando y llorando en nombre de Ischia, la bella inocente, porque contra ella vuelve á rugir el abismo, porque su tierra tiembla y su cielo sigue sereno viéndola temblar y caer agonizante. ¿Por qué, pues, cuando el hombre ha merecido un elemento nuevo de vida progresiva que asegura y estrecha los vínculos sublimes de la solidaridad entre los individuos y las naciones, no abundan más las alegrías y las bienaventuranzas, que el telégrafo repartiría entre muchos como las abundancias de un milagro? ¿Por qué, más bien el generoso telégrafo emplea sus alas, aunque de fuego, escondidas, para unir en sí lo humilde á lo generoso, trayendo en mayor abundancia las malas nuevas y los mensajes funestos? ¿Por qué la electricidad celeste, que pajarea feliz entre los alambres con que la hacemos nuestra como al ruiseñor, se ve obligada, no á cantarnos himnos de victoria y de amor fraternal, sino lúgubres noticias como ésta: — Mi hermana rebelde, la que está escondida en las entrañas de la tierra, se está portando inhumanamente con un paraíso de Italia.

«Oh, ciencia, explícanos algo que el corazón acepte gustoso; consuélanos con alguna esperanza que prometa un refugio firme contra la tierra que tiembla y se desmaya! A fé que no podrás hacer más que recordarnos parafraseada la balada india:

«Seguid, seguid, sin embargo, confiando á la tierra los cimientos de vuestras moradas y el soporte de vuestras tiendas para el sueño de una noche. Seguid, seguid abandonando á los vientos la vela de vuestras naves, las aspas de vuestros molinos y los soberbios colores de vuestra bandera, iris de paz.»

«Oh, tú, pobre mujer, cuyo esposo acaba de perecer en un naufragio, cuya casa acaba de ser reducida á cenizas y cuyos animales domésticos que alimentaban á tu niño han huido espantados! ¿por qué gimes y te vistes ropas de duelo?

«¿A quién acusas? ¿Al viento? ¿Al fuego? ¿Al hombre que á estas horas se ha apoderado de tu cabrita blanca y de tu vaca fecunda? ¿Quisieras, pues, que el viento no soplara? ¿Que el fuego no quemara? ¿Que los hombres no robaran? Pero si el viento no soplara, no hubiera traído muchas tardes al puerto la barca de tu marido. Pero si el fuego no abrasara, ni la lámpara que te alumbraba de noche te alumbraría, ni tu hogar te daría calor saludable. Pero si el hombre no se apoderara de los bienes que encuentra en su camino, cuando está devorado por el hambre, moriría más pronto y aborrecería la vida.»

«Pobre, miserable consuelo! Será filosófico, pero mi corazón rechaza lo irrisorio aunque lo ampare una filosofía, que pretende observar mis dolores personales y los de un pueblo inocente, en esa abstraccion antipática que se llama el bien general. Dejádme, pues, creer en un Dios que tenga en reserva otros consuelos, que no tenga mi dolor por ménos grande que el de un mundo, que prosiguiendo sus planes eternos, no prescindida de mí, no cese de ocuparse, activamente de la última de las criaturas, y cuente mis cabellos, y pese mis lágrimas, y respirando con doble amor, recoja en su pecho mis suspiros.»

Dejádme creer á aquel que ha escrito este aforismo: «¡Todas las cosas, en definitiva, concurren al bien de los que saben amar!»

T. M.

VIOLETAS

I

La niña Encarnacion tiene un pesar muy hondo, como ella dice; y hay que creerla al mirar su carita morena, hoy pálida y ojerosa. ¿Qué tendrá la niña Encarnacion? ¿Cuál será ese pesar hondo que la agobia? ¿Cualquiera, sí, cualquiera es capaz de saberlo! Más fácil sería explicar un misterio, porque la niña Encarnacion es más misteriosa todavía. Un día la sorprendió triste y acuitada; su aire jugueton y vivaracho cejó un punto; su palabra estrepajosa, burlona, alegre, de locuacidad encantadora, se hizo breve, cortada y ménos frecuente; aquellas estrepitosas carcajadas que saltaban de su alma loca y aturdida y rompían la atmósfera á manera de golpe de chipsas de fragua, están escondidas, y alrededor de la graciosa Encarnacion ya no se agita el espíritu de turbulencia que parecía animarla. Ahora, miradla, como si una nube parda la hubiera envuelto, se presenta reflexiva, inquieta, extremecida y vagorosa; huye de quien la mira; su sonrisa es ligera y triste, y alguna vez sus ojos, tan llenos de luz, aparecen húmedos y enrojecidos. ¡Ah, niña Encarnacion! ¿Qué has hecho de tu traje de flores, de tus cascabeles y de tu pandereta? ¿Qué cambio es ese tan señalado y tan rápido? Habrá que creerte, ¿no es verdad? Tú tienes una pena y esa pena es muy honda. ¿Te sonries y callas? ¡Ah! niña Encarnacion...

II

Todo está sujeto á mudanza; lo inestable es lo permanente; la naturaleza es infinitamente vária, y á cada momento distinta. Desde la piedra hasta el alma más delicada ¡qué serie de transformaciones! Desde el pájaro que ayer saltó del nido piando alegremente, hasta Encarnacion, que hoy se halla bajo la pesadumbre de su pena honda, ¡cuántas intimidades y movimientos apenas perceptibles! ¿Por qué la palidez sucede á la frescura de color? ¿Por qué el latido íntimo á la expansion atropellada del alma? Hé aquí el secreto de Encarnacion. ¿Por qué el germen se hincha y abre al beso del sol y rompe entonces la flor con su vistosa exhuberancia y su aroma que se exhala?

III

Hay un día en el espacio que determina una alma en la vida. Hay un beso imposible que constante vaga sobre los mundos, y que al posarse leve en unos lábios vírgenes, los abre á la sensacion. En una mañana rompe la primavera; la tierra humedecida y oscura, despierta verde y sonríe, y su sonrisa es tan atractiva y penetrante, que todo á su impresion se extremece, y el pájaro sacude sus alas entumecidas; el gusano bulle; el árbol se esponja y brota; la atmósfera se llena de efluvios y ráfagas embalsamadas, atraviesan la vida y todo es horizonte, luz, am-

biente, deseo desconocido. Al amanecer de una aurora más rosada y de un sol más tibio, la creación se siente más expansiva y simpática y eleva una mirada, un sentimiento, un latido, oración inexpresable de todo lo que vive á Aquel que todo lo anima.

IV

He notado en la niña Encarnacion extraños movimientos; en sus desvíos y esquivaces hay algo raro, algo tan delicado como una leve espiral de humo. Su alma parece también una espiral azul que se pierde en giros caprichosos. Reclinada en el alféizar de la ventana, pasa horas y horas entregada á no sé que meditaciones. Su mirada extendida por el horizonte de la extensa vega, adquiere una fijeza y brillo que adormece y fascina; sus labios se agitan como si modulasen palabras que no entienden, su respiración se corta un momento y rompe luego en una especie de sollozo comprimido; y su cuerpo, su gentil cuerpecito, sufre estremecimientos de pájaro á quien despiertan de su ligero sueño. La niña Encarnacion se ha convertido en una sensitiva encantadora. Todo la hiere, todo la sensibiliza, todo la hace vibrar, como un rayo de luz, como un sonido. ¡Ah! no hay duda, la niña Encarnacion despierta á la vida de juventud, en su alma embrionaria se bosquejan las indecisas líneas de la pasión ignorada; en sus pupilas misteriosas se quiebra otra luz que ella no sabe de donde viene y que dibuja allá en los más recónditos rincones de su cerebro, ilusiones extrañas que chispean, amargan y desvanecen. Todo esto le pasa á la niña Encarnacion. Su pena es, en verdad, honda.

V

Con un acento íntimo, de confidencia, á media voz, como si temiera lastimar su omnolencia reflexiva con el eco de su palabra armoniosa, me ha dicho no, se qué cosas incoherentes, conjunto extraño de alegrías y tristezas, presentimientos, caprichos, ideas incomprensibles y palabras nuevas. Me ha dicho que ella siente una cosa que no sabe lo que es y que necesita decirse á alguien muy calladito, pero que no sabe como explicarse ni de qué manera hacerse entender, y que quisiera que la comprendieran con el gesto. Me ha dicho que la otra mañana era una mañana muy hermosa, que en el cielo había algunas nubes, y como la noche anterior había llovido, se desprendía de la tierra una esencia de humedad, que á ella le gusta mucho, porque la produce un ligero mareo más grato casi, que adormecerse entre rosas; que estando así distraída, de pronto un pequeño movimiento de aire que hizo desprenderse algunas gotas de las ramas, trajo así como aroma de violetas y que ella al respirarlo, sintió estremecerse toda, la faltaba el aire y parecía que el alma se le quería escapar, y andaba y corría y cantaba y lloraba, y á lo mejor se quedaba en una especie de éxtasis, y por su cabeza y por su pecho sentía que le bullía algo, algo grande que ella jamás había sentido. ¡Ah! ¡si es verdad! exclamaba despues recogiendo en sí misma: ¡y tengo una pena muy honda!

VI

De las entrañas de la tierra cálida salta el tallo á la luz; un rumor misterioso trae á las almas reminiscencias y extrañas sensaciones; ráfagas embriagadas empiezan á cruzar el espacio más tibio y humectante. El corazón palpita y la sangre se agolpa impetuosamente; parece que del cerebro vá á saltar alguna grande idea. ¡Ah!.. La niña Encarnacion ha sentido el aroma de las violetas y se ha estremecido; su alma vá á despetar; el beso que vaga por la naturaleza se ha parado en sus labios, que se entreabren ansiosos á la vida.

Envuelto en las alas de rosa de la primavera llega un amor con una sonrisa. ¡Ah! Encarnacion, niña Encarnacion, ya sé en que consiste tu pena honda; ya sé por qué tu carita morena es hoy pálida y ojerosa. ¿Qué has hecho de tus cascabeles y de tu pandereta y de tu traje multicolor? ¡Ah! ¡Encarnacion!.. ¡Niña Encarnacion!

JAVIER MONTALVO.

Ferro-carriles portugueses

La red de los ferro-carriles portugueses en 1.º de Enero del corriente año, media una extensión de 1.520

kilómetros, 1.437 de los cuales son de vía normal de 1,67 de ancho, y los restantes de vía estrecha.

Comprende esta red las líneas siguientes:

Del Miño, desde Oporto á Valencia.	133 kilómetros.
Ramal de Nina á Braga.	12 »
Del Duero, de Ermezinde á Oporto.	139 »
Barreiro á Serpa.	183 »
Beja á Casevel.	48 »
Casa Branca á Extremoz.	78 »
Ramal de Setubal.	13 »
Lisboa á Ba.ajoz.	276 »
Entroncamento á Oporto.	230 »
Torre das Vargens á Valencia de A.	72 »
Pampilhosa á Villar Formoso.	201 »
Pampilhosa á Figueira.	52 »

Las de vía estrecha son la de Oporto á Fonsalicao, que mide 57 kilómetros de longitud, y la de Bongado á Guimaraes, que tiene 26.

Las líneas del Miño y del Duero, así como las del Sud y del Sudeste son explotadas por el Estado y tienen dos administraciones; las primeras en Oporto y las últimas en Lisboa. El grupo de la red del Norte y del Este pertenece á la Compañía Real de los ferro-carriles portugueses; el de la Beira Alta á la compañía del mismo nombre, así como las de Povoa y Guimaraes á las que se designan con estos últimos.

Durante el año pasado, se inauguraron 1,5 kilómetros en la línea del Miño, junto á Valencia; 12 en la del Duero, desde Pinhao á Foz Tua, y 26 de la línea de Bongado á Guimaraes, desde Trofa á Vizella.

En 1.º de Enero próximo pasado, había en construcción 483 kilómetros, de los cuales corresponden 66 á la conclusión de las líneas del Duero y Miño, y 324 á la conclusión de la red del Sud y Sudeste, ambas llevadas á cabo por el gobierno.

La línea del Miño deberá estar terminada antes de Junio, ya que el puente internacional está casi en el remate de su construcción. También están muy avanzados los trabajos de empalme entre la estación de Oporto y el Duero; y tal impulso reciben actualmente las obras de la línea de Foz Tua á frontera de Salamanca, que se espera terminarla dentro de un año.

Por ley de 23 de Marzo de 1883 se autorizó, como es sabido, la terminación de la red del Sud y Sudeste, y por decreto de 18 de Setiembre del mismo año, su construcción á cargo del gobierno. En la línea de los Algarbes, que es la primera que habrá de terminarse, según dispone esa ley, hay ya construidos 44 kilómetros desde Faro hasta cerca de Portelladas Silveiras, y en Diciembre último se entregaron á subasta otros 27, desde Casevel á Monte Redondo.

En las otras líneas de la red no han principiado todavía los trabajos; pero á juzgar por el empeño con que los actuales se ejecutan, es de creer concluirán en el plazo de cuatro años.

Está casi concluida la línea de Vizella á Guimaraes, y se abrirá á la circulación dentro de poco. La de Lisboa á Torres Vedras, Cintra y Merceana, tiene aprobados los estudios, y se cuenta con terminarla en 1866. El ramal, entre la estación y la ciudad de Coimbra, vá á empezarse en breve, habiéndose fijado en diez y ocho meses el tiempo máximo para su construcción.

Hay concedidas además dos líneas importantes: la de Torres Vedras á Figueira, de 169 kilómetros, y la de Beira Baja de 191, ambas á cargo de la Compañía real de ferro-carriles portugueses.

De 54 kilómetros será la línea, de un metro de vía de Foz Tua á Mirandella, concedida al conde de Foz, el 30 de Noviembre último.

Las concesiones de todas esas líneas, se han hecho por noventa y nueve años, contados á partir de la fecha de la firma de los contratos.

Agregando á la longitud de los ferro-carriles en explotación las de los que hay en construcción y los concedidos, se tiene un total de 2.447, y siendo la superficie de Portugal de 8.962.529 hectáreas, con una población de 4.348.551 habitantes, corresponderán dentro de poco 3.647 hectáreas y 1.769 habitantes por kilómetro.

La estadística del movimiento y de los productos de la explotación de las líneas durante 1883, no puede darse todavía de una manera precisa, pero diferirá poco de los resultados del año anterior. Se calculan muy aproximadamente de la siguiente manera. Total de viajeros, 2.448.139, de los cuales fueron 206.348 de primera clase y 715.462 de segunda, correspondiendo 1.648 como media por kilómetro.

Las mercancías por gran velocidad ascendieron á un total de 31.255 y las de pequeña á 807.597.

Importaron las utilidades 20.680.778 pesetas, ó

sea á razón de 13.920, contribuyendo las líneas del Este y Norte y las del Duero á la mayor suma relativa.

L. M.

REVISTA GENERAL

Estamos en plena Cuaresma. Los creyentes acuden al templo, y dedican á la penitencia el tiempo que el pecado les deja libre. La voz de los sacerdotes suena en las vastas salas exhortando á los hombres para que, perdiendo de vista la tierra en que viven, fijen su vista en el cielo á que aspiran, en esa purísima región que han poblado con las figuras de sus sueños los místicos cristianos. Ha llegado la plenitud de los tiempos; el Justo vá á morir, y en señal de dolor, negra cortina cubre ya los altares. Pronto entraremos en el gran misterio del Dios humanado por el amor; período de lucha, período de agitación en que la leyenda evangélica revive y de nuevo toman forma esos seres ideales, de dulces contornos, que vagan como dóciles corderillos en torno del Reformador, viviendo su misma vida, bebiendo la verdad en su predicación entusiasta, dándole por adelantado en el tributo de su adoración, la adoración de las generaciones por venir. En todas partes hay misiones; en todas partes se pone como ejemplo de amor la pasión sublime del mártir cuya voz, repetida por sus discípulos, bastó á cambiar la faz del mundo.

Los devotos asisten con puntualidad notable á todos los ejercicios; madrugan para tener más tiempo de postrarse ante el altar; ayunan quizá, ereyendo redimirse á tan poca costa de sus culpas; confiesan sus pecados y hacen propósito de enmendarse. Las lágrimas brotan de sus ojos y corren por su semblante...

Pero no por eso se enmiendan. Aunque pensando más que de ordinario en el cielo, no por eso abandonan el mundo. ¡Aquél está tan lejos, y éste es tan hermoso!.. La Cuaresma no interrumpe ya las reuniones del gran mundo. La corriente de la indiferencia gana sin cesar las convicciones más arraigadas, como las aguas del mar, en algunas costas, van poco á poco devorando la barrera de arena que las contuvo en un principio. Sin darse cuenta de lo que hacen, transigen con el mal, rezan como rezan las solteras en el último poema de Campoamor, dejando abierto un oído á los halagos de la tentación.

En vano, se esfuerzan los escritores religiosos por negar lo que acontece, pobres ciegos que cierran los ojos para no ver, y afirmar gravemente que todo es inmutable, todo tiene el mismo color y reviste la misma forma. Las exterioridades quedan, sí: el fondo de doctrina pasa. Ahí está, sobre la artística mesa, el vaso primorosamente cincelado, pero ¿qué fué la esencia que ese vaso contenía, el perfume dulcísimo que antes aspirábamos? El día de mayor dolor, el día de Jueves Santo en que la grey cristiana visita á su Dios en el sepulcro, es el día del paseo en la Carrera de San Jerónimo, el día en que se estrenan ropas, se lucen alhajas, se saca novio...

Hace poco he leído que, para combatir esta costumbre, se ha organizado en París una sociedad femenil que ha acordado ya el traje que las señoras deben vestir ese día, traje sumamente sencillo, como conviene á la solemnidad de los sucesos que se conmemoran. Esto, más que las declamaciones interesadas unos cuantos filósofos atrabiliarios, dá idea del abuso á que se había llegado. Sólo cuando el mal es muy grave, es cuando se apela á los remedios más heroicos.

Entretanto la Cuaresma sigue su marcha, haciendo penosamente sus jornadas de siete días, al compás del ruido que forman las cuentas de su rosario golpeando en sus rodillas huesosas; inclinase ante los templos que encuentra al paso, reza en ellos la plegaria del penitente, y llevada de la mano por el tiempo, se acerca, ella que es toda sombras, á la Pascua que es toda luz. Cuando volvamos á dirigir la palabra á nuestros lectores, las campanas en sus vocingleros sonos anunciarán que Cristo ha resucitado, y la tierra, besada por las brisas primaverales, y esmaltada de verdura, celebrará también su grande, su maravillosa resurrección.

**

No es posible dirigir la vista á los sucesos de la quincena sin fijar insistente la mirada en la pradera del Canal, que aún no hace un mes repetía los gritos desacordes del pueblo de Madrid, que en masa acudio á conmemorar el entierro de la sardina, y que hoy aparece como un lugar de maldición regado por la mano del crimen con la sangre inocente de dos niños.

¡Pobres criaturas! Jugando iban sin duda por el campo que empieza á cubrirse de verde musgo, en el silencio de la soledad, bajo un cielo puro y sereno en que irradiaba el sol, cuando la perversión humana, en lo que tiene de más horrible, se les apareció como una mancha en el paisaje, como una nube en el horizonte. ¿Hubo lucha? ¿Fué una sorpresa? No se sabe; lo único cierto es que poco despues los dos muchachuelos yacían degollados en la vasta llanura, y que allí estuvieron hasta que alguien los descubrió, avisó á la autoridad, y llevó la triste nueva á conocimiento de los padres.

Madrid ha exhalado un grito de horror; todos buscan la explicación de ese problema de muerte, del que sólo se conoce la última fórmula, la fórmula final, escrita en sangre sobre el césped. La policía, que fué impotente para preve-

nir el crimen, se echó en persecucion de los culpables. Pero pasan los dias, y todo sigue envuelto en el misterio más profundo. Los asesinos permanecen ocultos a las pesquisas de los hombres, gozando de una impunidad que es ofensiva a la conciencia general.

Cuanto más se piensa en ello, más oscuro y más inexplicable se presenta; porque los pobres niños eran pobres, y parecia que su pobreza debiera ponerlos al abrigo del odio y la venganza. El robo no fué el móvil de su cruento sacrificio: uno de ellos llevaba una peseta, y ni siquiera pensaron en arrebatársela. ¿Qué misterio existe en ese drama?

Hace unos cuantos años, un grupo de hombres de ciencia tomó a su cargo la tarea de arrebatar criminales al cadalso, buscando en las celdas intrincadas de su organismo cerebral la explicacion de muchos crímenes que de otro modo no se explicarían. Poco a poco se ha ido propagando la doctrina, y hoy ha tomado ya carta de naturaleza. Esquermo, en nuestro país, tremola la bandera generosa bajo la cual se amparan los enfermos a quien una forma especial de delirio transforma inconscientemente en criminales.

El éxito obtenido por estas predicaciones es un triunfo de la Ciencia, pero es también un triunfo de la humanidad; pues por amor y honra de la especie, debemos estar interesados en que esos hechos monstruosos se funden más en un defecto orgánico, que no en una perversión moral que nos avergonzaria, poniéndonos al nivel de las bestias salvajes. Si la locura no disculpa a los asesinos de la Pradera del Canal, ¿dónde encontrará su crimen la más pequeña circunstancia que atenúe su inútil ferocidad?

Sólo un hecho resalta de las diligencias emprendidas hasta ahora: que en Madrid la seguridad individual deja que desear bastante, y que falta a los criminales una vigilancia activa que prevenga sus designios, y se ponga como un muro infranqueable entre sus instintos y la sociedad. Ese crimen se ha cometido en el Canal, en pleno día, y nadie oyó los gritos de las víctimas, nadie vió a los asesinos, que desaparecieron sin dejar tras sí huella alguna. Han pasado muchos dias, y la policía no ha averiguado nada. Se han hecho prisiones; pero a los que se prende por la mañana, se les pone en libertad a la tarde por no resultar cargo contra ellos.

Diariamente, y en esta recrudescencia criminal que se nota de algunos dias a esta parte, se cometen delitos que quedan impunes, por malhechores que no son habidos, como si las autoridades estuvieran ocupadas en otra cosa ajena a su instituto. El país, sin embargo, debía tener derecho a exigir más vigilancia, a reclamar más protección...

Pero aquí, donde todo lo absorbe la política, los intereses materiales, que son los verdaderos intereses del país, representan muy poco. Se habla de ellos con calor, con interés, y a los cinco minutos se pasa a tratar de las elecciones ó a criticar a tal ó cual hombre político. ¡Dichosa, afortunada España, en que nadie se ocupa en lo que es realmente práctico, para gastar el tiempo en lo que es puramente especulativo!

Pero no se puede remediar: es un defecto de raza. Echemos la culpa al sol, que calienta mucho, ó a la situación geográfica de la Península. ¡Se habla tanto de los cerebros meridionales, que nadie extrañará que se les haga un nuevo cargo!

Apartemos la vista de espectáculos tan dolorosos y acudamos a donde nos llaman mejores y más dulces impresiones.

De la misma manera que cuando sale el sol se eclipsan todos los demás astros, porque no pueden competir en luz con él, así también la última novela de Galdós ha dejado en la sombra otros trabajos literarios que, sin esta circunstancia, hubieran dado más que hablar, sin duda alguna.

La obra merece, efectivamente, cuanta atención se le conceda. A *tout seigneur, tout honneur*, dicen los franceses, y nunca mejor aplicado el galicismo. Hoy por hoy, Galdós es el jefe indiscutible ó indiscutido del movimiento que a la sazón se opera en la novelística. El, con su sola iniciativa, ha resucitado la novela española, que parecia muerta, como si rendida por la pesadumbre del *Quijote*, y en la seguridad de su impotencia para llegar más allá, desdeñase por inútil todo esfuerzo, negándose a seguir adelante, por miedo a descender en la pendiente. Galdós la ha marcado camino seguro, por donde puede dirigirse en persecucion del ideal; él ha sabido dar la fórmula de la novela moderna, y por la senda trazada por él se han precipitado otros, y nuevamente Lázaro ha salido de la tumba a pregonar los altos hechos de su maestro. Hoy que tenemos novela, y novela buena, debemos más alabanzas a Galdós. Quizá sin él la vieja tradicion seguiria perdida; el campo continuaria infeecundo.

Esto que digo yo ahora, hace mucho tiempo que lo repite todo el mundo. Por eso, una obra de Galdós es en España un verdadero acontecimiento literario; algo que no se ve todos los dias, que ocurre de tarde en tarde, como si el centro productor necesitase un largo descanso para tamaño esfuerzo intelectual.

Tormento era esperada con ansia por muchas razones, a más de la que por sí sólo la da el nombre ilustre de su autor. Para nadie era un misterio que en *Tormento* se trata de Amparo, aquella Emperadora del *Doctor Centeno*, tan hermosa, tan buena, tan caritativa, y de aquel D. Pedro Polo, tan des-

graciado, cuya vida era una perpétua batalla reñida entre el impulso de la naturaleza y los mandatos de la sociedad; y todos deseaban asistir a la representacion del drama, que en el *Doctor* no hace más que entretenerse. Además, desde que en *Marianela* nos presentó Galdós a *Celipín*, no hay uno solo de los lectores de esta novela que no se haya particularmente interesado en que el niño se haga hombre, el ignorante sabio, el rapazuelo desarrapado ilustracion científica de primer orden. A ser posible, se adelantaria el fantástico reloj por el que regla el novelista la vida de sus personajes, para ponerle en la hora fija a que el Doctor D. Felipe Centeno salga a hacer su primera visita, con su baston de borlas y su sombrero de copa alta.

En este último sentido, *El doctor Centeno* fué un desencanto para el público que creyo hallar en ella toda la vida de su héroe, una epopeya del trabajo, un himno entusiasta a la fuerza de voluntad, y en vez de esto, se encuentra con un loco sublime, con un niño mimado y enfermo, que desde el primer momento le seduce y se lleva tras sí las miradas y los corazones, dejando a un lado el verdadero protagonista. Al público no le gusta que le engañen, y sintió la decepcion, una decepcion comparable sólo a la del que espera una carta de interés, y recibe del cartero, en un pliego que se le antoja ser el deseado, el prospecto de una sastrería últimamente establecida.

Tormento venia a dar la razon de esa conducta que parecia inexplicable. Conviene al plan de Galdós que *Celipín* sea personaje de una serie de novelas, que compondrán todas juntas el poema del héroe más digno de ser cantado, por lo ménos, que la cólera de Aquiles y la gloria del guerrero *Che il gran sepolcro liberò di Cristo*.

Vasto conjunto, semejante a un drama de Schiller, en que cada episodio trae a una idea, y cada personaje una palabra a la accion general de la historia de *Celipín*. La nueva obra, justificando a la anterior, reconciliaba con Galdós al público mal humorado con él, a consecuencia del engaño que éste habia padecido.

La revancha—porque la ha habido—es completa. *Tormento* es, sin disputa, una de las mejores obras de Galdós. Prodigio de observacion y analisis, los caracteres están estudiados con un arte maravilloso. Los personajes—todos de carne y hueso, aunque no de los mismos huesos y carne—son todos perfectamente humanos. Ni un pliegue del alma ha quedado por observar; ni un latido del corazón se ha dejado de percibir. Amparo débil, irresoluta, queriendo transigir con su conciencia, agobiada bajo el peso de una culpa que es el nudo del drama, y que, sin embargo, el autor tiene buen cuidado de no presentar ni describir con todos sus pormenores, porque es naturalista de la buena escuela, y no rehuye tratar lo malo, lo feo, cuando le sale al paso, pero tampoco va a buscarlo, llevado a ello por exageraciones perniciosas, y que a nada bueno, a nada útil conducen, porque no aportan ningun nuevo elemento a la consecucion de la belleza. Las entrevistas que tiene con D. Pedro, sobre todo, están tratadas con mucho arte, con el cuidado que requería asunto de suyo tan resbaladizo, y expuesto a caer en lo chavacano. Las mismas vacilaciones que en aquel supremo instante siente Amparo, son la nota definitiva de su carácter.

Y D. Pedro Polo, el sacerdote a pesar suyo, en lucha siempre consigo mismo, atraído a la vez por el grito de su conciencia y la voz de su temperamento maniático, furioso algunas veces, razonable las ménos, arrebatado las más, bueno en el fondo, y que esconde sentimientos delicados bajo su corteza material, es una figura tallada en piedra con un atrevimiento admirable; niño mimoso y mal criado, que seria capaz de desgajar una encina, y obedece como un autómatas órdenes de su anciano compañero el padre Nones.

Pero el carácter más notable, más humano de toda la obra es, a mi parecer, el de Rosalia, aquella pobre mujer colocada en el punto medio donde se sienten las angustias del llano y los desvanecimientos de la cumbre; nacida y criada entre los esplendores de palacio para que sus aspiraciones sean más locas y sus necesidades más intensas; aquella madre ambiciosa que mira con lástima a su hija porque no tiene cinco años más para unirse con su primo, y con cólera a su marido porque no se le ocurrió casarse cinco años antes; que, halagada por unos cuantos paseos en coche, por unas cuantas joyas, por unos cuantos trajes que han pasado por su mano para ir a formar el equipo de Amparo, experimenta el deseo de agradar, siente impulsos secretos de que ella misma no se da cuenta, y es coqueta sin pensarlo, y llega a rozar el adulterio sin conciencia de lo que hace. Muchas figuras ha creado la fantasía de Galdós en las treinta obras que lleva publicadas; buenas ó malas, fantásticas ó reales, egoistas ó sinceras, todas llevan su sello, el sello de su talento poderoso: no conozco ninguna superior a Rosalia, ni que siquiera pueda serla comparable: ninguna que sea tan real; ninguna tan verdadera.

La accion sencilla, desembarazada, camina libremente a su fin, sin episodios que interrumpen su curso ni distraigan la atención. *Tormento* es una novela en que nada falta; en que nada sobra tampoco: ni un detalle, ni una palabra. El desenlace es sóbrio, rápido, tal como debía ser dados los términos en que el problema estaba planteado. Los tipos de segundo orden, perfectos: el hombre de la naturaleza que representa Caballero, el cura de buen sentido como Nones, el hombre de su clase y de su época como Bringas. Hay también otras figuras que quedan en la sombra, y que, sin embargo, están descritas en un sólo rasgo, en una sola frase, como la hermana de Polo, *la mujer de la cara de caoba*. Como cuadros, el de la mudanza de Bringas es una fotografia.

Y nuestros antiguos conocidos, D. José del Ido y Celipín, ocupan también un puesto de importancia en la novela. Ido vive, lucha por la existencia como Dios le da a entender; Centeno estudia, prosigue animosamente su carrera, siempre fijo en su idea de ser médico. Ellos llenan las primeras páginas de *Tormento*. Nadie con más títulos para atraer la atención de los lectores.

Un aplauso de todo corazón al primer novelista español, y un voto para que vuelvan cuanto antes de su viaje Amparo y su... caballero.

Reflejo estas revistas de la vida,—a eso tienden al ménos forzosamente han de ser varias y accidentadas como ella. Po eso no es extraño ver una diatriba al lado de un elogio, una nota alegre junto a un eco de tristeza, al pié de un epitafio una elegía.

Una, y muy sentida, quisiera ya escribir a la memoria de un sabio ilustre que hace tres dias dió a la tierra el tributo que todos hemos de rendirla. Para muchos su sólo nombre equivale a una alabanza. Se llamaba, cuando vivía, D. Eulogio Jimenez.

Ha muerto como mueren en España todos los hombres de ciencia, completamente oscurecido. La prensa periódica ha creído hacer mucho en su obsequio, dedicando un suelto de cuatro líneas a dar noticia de su fallecimiento. Y, sin embargo, D. Eulogio Jimenez era una verdadera eminencia matemática. Más que en su patria era su nombre conocido y respetado en el Extranjero. Su gran obra, *Teoría de los Números*, es bastante a hacer una reputacion. Este desden que aquí se tiene por los hombres de ciencia, es verdaderamente desconsolador.

Con los datos que tengo a la vista, yo podria hacer aquí un esbozo de su biografía; dar la lista de sus trabajos, que es, al propio tiempo, una relacion de sus méritos; lo que me seria imposible es dar idea de la afabilidad de su carácter y de la rectitud de su corazón. Bastaba verle una vez para declararse amigo suyo. Modesto, como verdadero sabio, no hacia gala intempestiva de sus conocimientos ni exposicion de sus aptitudes. Tenia eso que los andaluces llaman *ángel*.

Todavía era joven; aún podía la ciencia a que consagraba sus afanes, esperar mucho y bueno de él. Pero en el libro de los destinos humanos estaba dispuesto de otro modo, y ya no existe. De aquella inteligencia poderosa, de aquella fuerte iniciativa, sólo queda una masa inerte que pronto será polvo...

¿Y nada más?

¿Quién sabe!...

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

A Nuestros Suscritores

El creciente favor que el público nos dispensa, obliga nuestra gratitud. Deseando de mostrarla de una manera evidente, y contribuirá la mayor ilustracion de nuestros favorecedores, no hemos reparado nunca en sacrificio alguno.

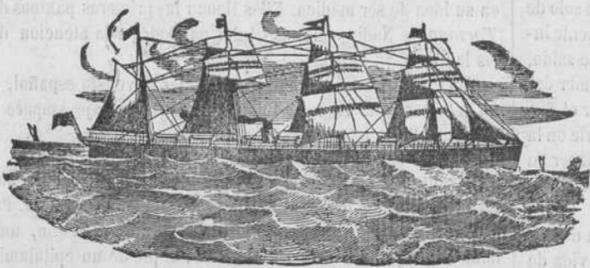
Siendo EL PROGRESO un periódico de verdadera propaganda democrática y a pesar de sus dimensiones, la política palpitante, los variados sucesos de cada dia, apenas caben en la grande extension de las columnas de nuestro diario y con profunda pena nos vemos obligados a prescindir de comparaciones tomadas de nuestra historia contemporánea, como cada dia podíamos hacerlo, sacando fructíferas deducciones y magnífica enseñanza, porque no en balde es la historia maestra de la vida.

Para llenar este vacío hemos adquirido una completa tirada de la *Historia contemporánea. Anales desde 1843, hasta la conclusion de la última guerra civil*, por D. Antonio Pirala, cuya obra consta de seis gruesos volúmenes, con mapas, planos, retratos, etc.; es además una de las publicaciones más democráticas de nuestros dias. Están registrados en ella todos los sucesos militares y políticos, sin omitirse la razon de crisis vergonzosas, de venganzas sangrientas, de ágios, robos, estafas y cuanto interesa saber y no olvidar al país, para que vaya aprendiendo ó más bien convenciéndose de que es juguete y víctima, cuando debiera ser instrumento de justicia y dueño de sus destinos.

La obra, que, como hemos dicho consta de seis gruesos volúmenes con mapas, cróquis y retratos, encuadrada a la rústica, se vende por 66 pesetas; pues bien, los nuevos ó actuales suscritores a EL PROGRESO que satisfagan dicha cantidad, recibirán, además del ejemplar de la misma NUEVE MESES GRATIS el periódico; de modo que apenas les cuesta la *Historia contemporánea* poco más de la mitad de su precio.

Los señores suscritores de provincias recibirán la obra franca de porte y certificada; sin que por esto tengan que hacer nuevo desembolso.

ANUNCIOS



VAPORES CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

(ANTES DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA)

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y

VERACRUZ, SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA, Y PACIFICO

Salidas: de Barcelona los días 5 y 23 de cada mes; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los días 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los días 23 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con servicios antillanos de la misma Compañía Transatlántica, en combinación con el ferrocarril de Panamá y línea de vapores del Pacífico, toman pasaje y carga a flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevititas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y todos los principales puertos del Pacífico, como Punta Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.

NORTE DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá a California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco de California.

SUR DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá a Valparaíso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaíso.

Rebajas a familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más comodidades a pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos a la Habana.

SEGUROS.—La Compañía, por medio de sus agentes, facilita a los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino.

Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañía.

En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.

En Barcelona, los Sres. Ripoll.

En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañía.

En Cádiz, Delegación Transatlántica, Isabel la Católica, 3.

Pildoras Purgantes

LE ROY

Farmacia COTTIN

51, rue de Seine, Paris

MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañía Fabril "Singer"

Se ha trasladado á

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

(ESQUINA A LA DE CÁDIZ).

¡¡UN TRIUNFO MÁS!!

Las máquinas "SINGER" para coser

han obtenido en la Exposición de Amsterdam la más alta recompensa:

El Diploma de Honor.

¡¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.

Para evitar engaños, cuídese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,50 semanales.

LA COMPAÑIA FABRIL "SINGER"

Dirección general de España y Portugal:

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.



BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA

PRÉSTAMOS AL 6 POR 100 EN METALICO

El Banco Hipotecario hace actualmente y hasta nuevo aviso sus préstamos, al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las 50 anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

Cédulas hipotecarias

En representación de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos títulos tienen la *garantía especial de todas las fincas hipotecadas al Banco* y la subsidiaria del capital de la Sociedad. Son amortizables á la par en 50 años.

Los intereses se pagan semestralmente en 1.º de Abril y 1.º de Octubre en Madrid y en las capitales de provincia.

LA MAQUINARIA INGLESA

PLAZA DEL ANGEL, 18

MADRID

Director: Jaime Baché

Máquinas de vapor, molinos harineros, bombas movidas á vapor y á mano.

Tubos de goma y de lona, correas y cuantos articulos se relacionan con las industrias.

Extracto Compuesto DE ZARZAPARRILLA DEL Dr. Ayer,

(AYER'S SERRAVALLE)

PARA LA COMPLETA CURACION DE LA



Escrófula y de todas las Enfermedades Escrófulosas. ENVIGORIZA EL SISTEMA

PURIFICA LA SANGRE.

Preparado por el Dr. J. C. AYER, Lowell, Mass., U.S.A.

Representante del Dr. Ayer. H. W. Cassels, Oporto.

De venta en las droguerías y farmacias del reino y en Madrid por los Sres. Hijos de Uzarum, Imperial, 1.

EL PROGRESO EN 1884

CUARTO AÑO DE SU PUBLICACION

REGALOS

EL PROGRESO

CUARTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cuatro años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, y a la cabeza de los de gran tamaño le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido

Por esta razón, todo sacrificio para corresponder á los favores que nos dispensa nos parecen insuficientes, y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distingue.

LA ILUSTRACION UNIVERSAL

Periodico ilustrado el más barato del mundo; ocho páginas de excelentes grabados; ocho de escogido texto.—3 pesetas semestre.—10 céntimos número.

Se regala á los suscritores por trimestre á EL PROGRESO que paguen adelantado.

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados.

LA AMERICA

Popular é interesantísima crónica hispano-americana que alcanza el vigésimo quinto año de su publicación y en la que colaboran los más notables escritores de España y América.

Precios de suscripcion

España.....	6 pesetas trimestre
Resto de Europa..	20 — año
Ultramar.....	40 francos año
	12 pesos fuertes oro

Para los suscritores á EL PROGRESO que paguen un año adelantado, los precios de suscripcion á La América serán los siguientes:

España.....	15 pesetas año
Resto de Europa..	30 francos —
Ultramar.....	10 pesos fuertes.

Capsulas de Sulfato de Quinina

de PELLETIER

0 de las Tres Marcas

A petición del cuerpo médico y en presencia de las falsificaciones que de continuo se producen y que el público se halla en la imposibilidad de reconocer, los Sres ARMET DE LISLE Y Cia, sucesores de Pelletier, inventor del Sulfato de Quinina, acaban de añadir á su fabricación la de pequeñas capsulas redondas, delgadas, transparentes, de una conservación indefinida, que suprimen la amargura de la quinina, no se endurecen como las pildoras y grageas, se disuelven rápidamente en el estómago y contienen 10 centigramos de Sulfato de Quinina puro.

Las Capsulas de Sulfato de Quinina de Pelletier curan con éxito las jaquecas y nevralgias las calenturas intermitentes y palúdicas; es el medicamento más enérgico que se conoce en las fiebres perniciosas y tifoideas, en las enfermedades del bazo y del hígado; es el tipo de los tónicos propiamente dichos; modera la transpiración, combate los sudores nocturnos y da á los órganos digestivos una energía que se comunica á todo el cuerpo y le permite resistir á la fatiga, las epidemias y las emanaciones perniciosas.

Depósito en PARIS, 8, Rue Vivienne

Y EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

Imprenta de El Progreso, á cargo de B. Lanchares,

Soldado, 1, dupl. cada.